

Cuentistas del siglo XIX

SHELLEY / ANDERSEN / HAWTHORNE
CHOPIN / CHÉJOV / O. HENRY



HABITAR LA INCERTIDUMBRE



Cuentistas del siglo XIX

SHELLEY / ANDERSEN / HAWTHORNE
CHOPIN / CHÉJOV / O. HENRY



Nota sobre la selección y adaptación

MÓNICA PALACIOS
MESA ESTÁNDAR



CUENTISTAS DEL SIGLO XIX

SHELLEY / ANDERSEN / HAWTHORNE / CHOPIN / CHÉJOV / O. HENRY

En escala humana, no existe mejor control de calidad que el tiempo. Solo el paso de los años puede demostrar que ideas revolucionarias como el disco compacto, por ejemplo, tendrían menos relevancia en la vida contemporánea que otros objetos más modestos que sí han superado varios cambios de siglo, como el libro.

El tiempo es también el mejor juez para las ideas, los valores, las artes. Creaciones que apenas ayer recibieron todos los honores de un premio literario, por ejemplo, hoy son menos recordadas que los cuentos clásicos de hace varios siglos. La vigencia de estas historias radica en varios aspectos: el dominio del oficio por parte de sus autores; el ingenio creativo de las situaciones y personajes; pero sobre todo, la representación de realidades ineludibles para la humanidad, como, en este caso, la incertidumbre.

Para esta nueva edición de *Habitar* hemos elegido cuentos capaces de mostrar diferentes tipos de reacción ante la adversidad. Historias que, a pesar del paso del tiempo y de los cambios sociales, parecen mantener vigentes sus tramas y nudos, sostienen la tensión y sorprenden con los desenlaces.

¿Cómo actuamos en los momentos difíciles? ¿Cómo reaccionamos cuando alguien nos engaña o nos vende humo, cuando nos convencen de una mentira, nos ofrecen dinero fácil o nos difaman? ¿Cómo respondemos ante las malas noticias o los accidentes? ¿Cómo enfrentamos las limitaciones, la austeridad o nuestras ambiciones desmedidas?

Se trata de cuentos para ver el tipo de sentimientos que pueden promover o inhibir en una sociedad la posibilidad de

construir objetivos comunes y certezas colectivas para vivir mejor. Y para preguntarnos por esos nuevos temores que ocupan nuestras mentes, si son reales o infundados, si nos llegan del contexto o los promovemos nosotros mismos, si tienen solución o no la tienen.

Las situaciones inciertas planteadas en esta selección de cuentos resultan comprensibles por igual en el siglo XIX que en el XXI, esto es porque, sin importar lugar ni época, nos entendemos a través de lo que nos hace humanos, de los sentimientos que nos dominan, de las ideas que nos definen, de las distintas formas que tenemos de tomar decisiones. Cambian los idiomas, el lenguaje, los modismos de cada territorio. Para que un chisme de la Moscú de 1888 se entendiera perfectamente en la Latinoamérica de 2025, procuramos encontrar los usos, las figuras, los retruécanos y las metáforas equivalentes del español contemporáneo en la región.

Adaptar estos relatos, entonces, implicó buscar las formas del lenguaje que transmitieran fielmente los planteamientos de las historias, los sentimientos y los pensamientos de los personajes, y las intenciones de sus autores, de una manera que fuera a la vez comprensible y cercana para los lectores de hoy. Intentamos conservar el humor sutil de Nathaniel Hawthorne y de Hans Christian Andersen, la reflexión y la ironía de Kate Chopin y de Mary Shelley, el ingenio creativo de Antón Chéjov y de O. Henry. Para lograrlo recurrimos a las ediciones originales de los cuentos —o a traducciones formalmente aceptadas por la academia, para los casos de Chéjov y Andersen—, procurando interpretar de la mejor manera posible los elementos que hacen de cada cuento el tipo de relatos imperecederos que han llegado hasta nuestros días.

Para las ediciones aquí incluidas nos tomamos algunas libertades en las formas, pero ninguna en el fondo de los mensajes que contiene cada cuento. Si bien desde el lenguaje buscamos que los textos tuvieran la sonoridad de ser narrados hoy, entendimos la necesidad de preservar y transmitir las atmósferas y los entornos con los que fueron creados por sus autores. Son adaptaciones únicas redactadas teniendo en mente, más que la traslación de un idioma a otro, la interpretación desde las palabras para crear un sentido de comprensión, cercanía, complicidad, si se quiere, con los lectores actuales, que con suerte lograrán conectarse con las mismas incertidumbres que los personajes de esta colección.

Cuentistas del siglo XIX

SHELLEY / ANDERSEN / HAWTHORNE
CHOPIN / CHÉJOV / O. HENRY

LA PRUEBA DE AMOR

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

EL TOQUE DE ORO

LA TORMENTA

RELATO DE UNA HORA

LA CALUMNIA

EL CIEGO

EL REGALO DE LOS REYES MAGOS



La prueba de amor

(1834)

MARY SHELLEY



3	12	5	26	1	20	11	9	21	3	18	4
24	2	15	6	8	18	5	30	1	16	7	31



La prueba de amor

(1834)

MARY SHELLEY

Después de obtener de la madre superiora el permiso para salir por unas horas, Angelina, internada en el convento de Santa Ana, en el pequeño pueblo llamado Este, en Lombardía, se preparó para hacer una visita. Iba vestida con sencillez y buen gusto; llevaba una *faziola* que cubría su cabeza y sus hombros, y a través de esta brillaban sus grandes ojos negros, que eran particularmente hermosos. Aún así, ella no era en rigor muy bonita, pero tenía una cara suave, amplia y noble; un cabello oscuro abundante y sedoso, y su piel era clara y delicada, aunque morena. Su rostro, además, tenía una expresión inteligente y reflexiva, por lo general su mente parecía en paz, y todo indicaba que sus pensamientos eran profundamente interesantes y le complacían. Era de origen humilde: su padre había sido mayordomo del conde Moncenigo, un noble veneciano, y su madre había sido la niñera de la única hija del mismo conde. Ambos padres habían muerto, dejándole una situación económica relativamente cómoda, de manera que ella representaba casi un premio que querían alcanzar todos los jóvenes por debajo de la nobleza; sin embargo, Angelina vivía retirada en su convento y no le daba esperanzas a ninguno.

No había salido de sus muros desde hacía varios meses y se sintió algo temerosa cuando se vio entre las calles por las que se salía del pueblo en dirección a las colinas Eugéneas hacia la Casa Moncenigo, a donde dirigía sus pasos. Conocía muy bien cada parte del camino. La condesa Moncenigo había muerto en el parto de su segunda hija, y desde ese momento, la madre de Angelina había vivido en la Casa. La familia estaba formada por el conde que, excepto por unas cuantas semanas en otoño, estaba siempre en Venecia, y los dos niños. Ludovico, el hijo, se había mudado hacía poco a Padua para hacer sus estudios, y solo quedaba Faustina, que era cinco años menor que Angelina.

Faustina era la cosita más adorable del mundo. A diferencia de los italianos, tenía unos risueños ojos azules, la piel resplandeciente y el pelo color cobrizo. Su figura era delgada, esbelta, parecía una ninfa. Era muy bonita y alegre, además de voluntariosa, con tantas formas de encantar que hacía que fuera un placer darle gusto. Angelina era como su hermana mayor; estaba pendiente de ella, la complacía en todo, con una palabra o una sonrisa suya lograba convencerla de cualquier cosa. «La amo demasiado —decía a veces Angelina—, y preferiría soportar cualquier desgracia, antes que verla derramar una lágrima». La personalidad de Angelina la hacía guardarse sus sentimientos y conservarlos hasta que se convertían en pasiones, pero sus fuertes principios y su piedad auténtica impedían que fuera arrastrada por estas.

Tres años antes, tras la muerte de su madre, Angelina había quedado huérfana, así que ella y Faustina se fueron a vivir al convento de Santa Ana, en Este, pero un año después, Faustina, que entonces tenía quince años, fue enviada a continuar sus estudios en un convento muy reconocido en Venecia, el cual cerraba sus aristocráticas puertas a la entrada de su humilde acompañante. Ahora, con diecisiete años, y culminada su educación, regresaba con su padre a Casa Moncenigo para pasar los meses de septiembre y octubre. Habían llegado la noche anterior, y Angelina iba en camino desde el convento para abrazar a su muy querida compañera.

Había algo maternal en los sentimientos de Angelina —cinco años son una diferencia significativa cuando se tienen diez y quince, y lo siguen siendo a los diecisiete y veintidós—. «Mi amada niña —pensaba Angelina mientras caminaba— debe estar más alta y, me atrevo a decir, aun más bella que antes. ¡Tengo tantas ganas de verla, con su hermosa sonrisa! Me pregunto si en el convento de Venecia habrá conocido a

alguien que la entretenga y la consienta como lo hago yo, que me echo la culpa de todas sus travesuras y le sigo todos los caprichos. ¡Ay, pero qué lejanos ya son esos días! Ella ahora estará pensando en convertirse en esposa. Me pregunto si habrá sentido amor en cualquier forma». Angelina suspiró. «Pronto despejaré mis dudas. Con seguridad, ella me lo contará todo. Ojalá yo también pudiera contarle —los secretos y misterios son odiosos, pero debo mantener mi promesa, y en un mes habrá terminado todo—, en un mes sabré mi destino. ¡Apenas un mes! ¿Lo veré entonces? ¿Lo volveré a ver algún día? Pero no voy a pensar en eso. Solo voy a pensar en Faustina, mi dulce y amada Faustina».

Cuando Angelina ya llegaba a lo alto de la colina, escuchó que la llamaban, y desde la terraza que tenía vista al camino, recostada sobre la baranda, se encontraba el querido objeto de sus pensamientos, la hermosa Faustina, su pequeña hada, rebosante de juventud le sonreía llena de felicidad. El corazón de Angelina redobló el cariño que sentía por ella.

No tardaron en abrazarse, Faustina reía, sus ojos brillaban y comenzó a relatarle todos los hechos de sus dos últimos años de vida, mostrándose como la infantil voluntariosa que era, pero tan encantadora y adorable como siempre. Angelina la escuchaba emocionada, hipnotizada por los hoyuelos de sus mejillas, el brillo de sus ojos, la gracia de sus gestos, en completa y silenciosa admiración. Incluso si hubiera querido, no habría podido contarle su propia historia, pues Faustina hablaba sin pausa.

—¿Sabías, mi querida Angie —le dijo— que voy a convertirme en esposa este invierno?

—¿Y quién será tu señor esposo?

—Todavía no lo sé, pero lo encontraré en el siguiente carnaval. Dice papá que debe ser muy rico y también noble; y digo yo

que debe ser muy joven y de muy buen carácter, y darme gusto en todo como lo has hecho tú siempre, mi querida Angelina.

Después de un tiempo, Angelina se levantó para irse. Faustina no la quería dejar ir, quería que se quedara pasando la noche, propuso enviar a alguien al convento para pedir permiso a la superiora, pero Angelina, sabiendo que no lo iba a conceder, estaba decidida a irse, hasta que finalmente pudo convencer a su amiga de dejarla partir. Al día siguiente, Faustina iría hasta el convento para retribuir la visita y Angelina podría regresar con ella en la noche si la superiora lo autorizaba. Cuando este plan estuvo organizado y aprobado, se despidieron con un último abrazo. En camino de regreso, Angelina miró hacia arriba y Faustina miró hacia abajo desde la terraza y se despidió moviendo la mano con una sonrisa. Angelina estaba feliz con la amabilidad de Faustina, su calidez, su espíritu alegre en su comportamiento y su conversación. Al principio, no pensó más que en ella, pero en una curva del camino, ciertas circunstancias llevaron su atención hacia sí misma. «Ah, qué tan feliz sería yo —pensó— si lo que él me dijo es cierto. ¡Con Faustina e Hipólito, la vida será un paraíso!». Y luego retomó de su fiel memoria todo lo que había ocurrido en los últimos dos años. De la manera más breve posible, nosotros haremos lo mismo.

Faustina se fue a Venecia y Angelina se quedó sola en el convento. Aunque no se hizo amiga muy cercana de nadie, de alguna forma hizo cierta amistad con Camila de la Toretta, una jovencita de Bolonia. El hermano de Camila venía a verla y Angelina la acompañaba en la sala a recibir la visita. Hipólito estaba perdidamente enamorado y Angelina había llegado a sentirse de igual forma. Sus sentimientos eran reales y apasionados, pero aún así, ella lograba controlarlos y su conducta era intachable. Hipólito, por el contrario, era osado e impetuoso, amaba con fervor, y no soportaba oposición para alcanzar sus

deseos. Estaba decidido a casarse, pero, por ser noble, sabía que su padre no lo aprobaría; y siempre sería necesario conseguir su autorización. El viejo aristócrata, alarmado e indignado, fue hasta Este decidido a recurrir a lo que fuera necesario para separar a los amantes definitivamente. La gentileza y la bondad de Angelina suavizaron su ira y el desespero de su hijo logró conmovirlo. Aunque no consentía el matrimonio, no le extrañaba que Hipólito quisiera unirse a tanta belleza y dulzura: pero, de nuevo, pensaba, su hijo todavía era demasiado joven, podría cambiar de opinión y luego reprocharle el haber autorizado tan fácilmente ese matrimonio. Por lo tanto, propuso un acuerdo: daría su aprobación, en un año a partir de ese momento, con la condición de que la pareja de jóvenes se comprometiera, con el más solemne juramento, a no comunicarse ni verbalmente, ni por escrito, durante este tiempo. Se entendía este como un año de prueba, durante el cual no se consideraría la existencia de ningún compromiso hasta que se cumpliera el plazo, al cabo del cual, si habían sido fieles al juramento, la constancia de ambos sería recompensada. Sin duda el padre suponía, e incluso esperaba, que durante esta ausencia, Hipólito perdiera ese sentimiento y encontrara una pareja más conveniente.

De rodillas ante un crucifijo, la pareja se comprometió a un año de silencio y separación. Angelina, con los ojos iluminados de gratitud y esperanza; Hipólito, en cambio, lleno de rabia y desespero por esta intromisión en su felicidad, la cual jamás habría aceptado si Angelina no hubiera recurrido a cualquier estrategia para empujarlo a cumplirla, declarando que, a menos que obedeciera a su padre, ella se encerraría en su celda y se convertiría voluntariamente en una prisionera hasta el fin del periodo estipulado. Así las cosas, Hipólito hizo la promesa e inmediatamente después se fue a París.

Ahora solo faltaba un mes para que se cumpliera ese año, y no es de extrañar que los pensamientos de Angelina pasaran de su dulce Faustina, a ocuparse de su propio destino. Unido al voto de incomunicación, estaba también la promesa de mantener su relación y todo lo concerniente a ella en completo secreto para cualquier persona, durante el mismo periodo de tiempo. Angelina no tuvo problema en aceptar esta condición por ese plazo, pues su amiga estaba lejos, pero ahora que había regresado, la promesa era un peso en la conciencia de Angelina; aunque no tenía otra opción, tenía que mantener su palabra.

Con todos estos pensamientos en su cabeza, había llegado al pie de la colina y estaba de nuevo subiendo por la que llevaba a Este, cuando escuchó un ruido que venía del viñedo que bordeaba el camino, el sonido de unos pasos, y luego una voz conocida que llamaba su nombre.

—¡Por todos los santos, Hipólito! —exclamó— ¿Así guardas tu promesa?

—¿Y así es como me recibes? —le contestó con reproche— ¡Qué displicente! Y como no soy tan frío para seguir lejos, como este último mes se me ha hecho intolerable, ahora me das la espalda, quisieras que me fuera. Es cierto, entonces, lo que escuché, jamás a otro! Pero mi viaje no será en vano; descubriré quién es él y me vengaré de tu falsedad.

Angelina le dirigió una mirada llena de sorpresa y reproche, pero no dijo nada y continuó su camino. De todo corazón, no quería romper su promesa y deshacer de esa forma el curso de su compromiso. Decidió no dejarse provocar para decir ni una palabra más, y en virtud de su cumplimiento estricto del juramento, obtener perdón por el incumplimiento de Hipólito. Siguió caminando con mucha prisa, sintiéndose al mismo tiempo feliz y desdichada —o casi—. Se sentía feliz por su amor genuino y creciente; pero temía, en parte la ira de su amado,

y en parte, sobre todo, las terribles consecuencias de que él incumpliera la promesa solemne. En sus ojos se leía alegría y amor, pero sus labios parecían estar sellados con pegamento, y decidida a no hablar, usó su *faziola* para envolver completamente su rostro hasta que él casi ni podía verla, mientras ella seguía caminando rápido con la mirada fija en el suelo. Ardiente de ira y soltando un torrente de reproches, Hipólito avanzaba a su lado, ya fuera recriminando su infidelidad, ya fuera jurando venganza, ya fuera reafirmando su propia confianza y su amor imperecedero. Este era un asunto agradable, aunque peligroso. Angelina estuvo tentada cientos de veces a recompensarlo declarándole su amor recíproco, pero superó ese impulso y, tomando su rosario entre los dedos, comenzó a decir sus oraciones. Se iban acercando al pueblo, y al darse cuenta de que no podría convencerla, Hipólito al fin la dejó ir, no sin antes reiterar que descubriría quién era su rival y se vengaría con él por la crueldad y la indiferencia de ella. Angelina entró al convento, corrió a su celda, se puso de rodillas y rogó a Dios que perdonara a su amado por haber roto el juramento, y luego, llena de felicidad al verificar que él había sido constante, y teniendo en mente su ya cercana felicidad perfecta, recostó su cabeza entre sus brazos y continuó en una tranquilidad de ensueño que parecía casi celestial. Se había esforzado bastante para no responderle antes, pero sus dudas se habían disipado, él la amaba, y en el momento indicado, iría por ella, y todo el amor ferviente, aunque silencioso, que había sentido durante este largo año se vería recompensado. ¡Se sentía segura —gracias al cielo— y feliz! Pobre Angelina.

Al día siguiente, Faustina fue al convento, y todas las monjas se agruparon a su alrededor. «Qué bella estás»¹, dijo una. «Sí,

.....

1 Quanto é bellina, en el original.

qué bonita»², expresó otra. «¿Estás comprometida?»³, preguntó una más. Faustina respondía con sonrisas y caricias, con bromas inocentes y risas. Las monjas la adoraban, y Angelina se quedó mirando, con admiración por su querida amiga y disfrutando los halagos que le dirigían. Finalmente, Faustina debía regresar, y Angelina, como anticiparon, fue autorizada para acompañarla.

—Puede ir a la Casa con ella —dijo la superiora—, pero no pasar la noche. Va contra las reglas.

Faustina insistió, presionó, suplicó, hasta que por fin logró persuadir a la superiora para que aceptara la ausencia de su amiga tan solo por una noche. Comenzaron entonces el regreso juntas, acompañadas de una vieja criada. Mientras avanzaban, un caballero las adelantó al galope.

—¡Pero qué atractivo! —dijo Faustina— ¿Quién será?

Angelina se puso roja, porque se había dado cuenta de que era Hipólito. Las sobrepasó rápidamente y pronto estaba fuera de vista. Ellas estaban en un ascenso de la colina, casi alcanzaban a ver la Casa, cuando se asustaron por un gruñido, un chillido, un grito y un berrido, como si una guarida de bestias salvajes, o un manicomio, o peor, los dos al tiempo, se hubieran escapado. Faustina palideció, y pronto sus acompañantes estaban igual de espantadas, porque vieron un búfalo, escapado de su potrero, que bajaba por la colina a trompicones y con bramidos, seguido de toda una tropa de vaqueros que gritaban y arreaban, todo esto justo en dirección hacia las caminantes. La vieja criada gritó: «¡Ay, Jesús y María!», y se tiró al suelo. Faustina dejó salir un grito ensordecedor y agarró a Angelina por la cintura, quien se puso

.....

2 *E tanta carina!* en el original.

3 *S'è fatta la sposina?* en el original.

al frente de la aterrorizada joven, dispuesta a recibir ella todo el daño antes de que este tocara a su amiga. El búfalo se seguía acercando a ellas. En ese momento, el caballero cabalgó colina abajo y haciendo un giro, confrontó con intrepidez al animal. Con un bramido salvaje, este cambió su rumbo y siguió bajando por un camino que se abría hacia la izquierda, pero el caballo, asustado, se encabritó y arrojó a su jinete al suelo y continuó bajando por la colina. El caballero quedó inmóvil sobre la tierra.

Esta vez fue el turno de Angelina de dar un grito, y tanto ella como Faustina corrieron angustiadas hacia su protector. Mientras que esta última le daba aire con su gran abanico verde, que toda dama italiana carga para protegerse del sol, Angelina corrió a buscar agua. En menos de dos minutos el color volvió a las mejillas de Hipólito y abrió los ojos, vio a la hermosa Faustina y trató de levantarse. En ese momento llegó Angelina con el agua en un trozo de calabaza y lo acercó a sus labios. Él apretó su mano, pero ella se la soltó. Para entonces, la vieja Caterina, al sentir tanto silencio, miró alrededor suyo y solo vio a las dos jóvenes inclinadas sobre un hombre en el suelo, así que se levantó y se les acercó.

—¡Se está muriendo! —gritó Faustina—. Usted me salvó la vida y está perdiendo la suya.

Hipólito trató de sonreír.

—No me estoy muriendo —dijo—, pero sí estoy lastimado.

—¿Dónde? ¿Cómo? —gritó Angelina— Querida Faustina, pide que envíen un carruaje por él y permite que lo lleven a la Casa.

—¡Claro! —dijo Faustina— Ve, Caterina, corre, cuéntale a papá lo que ha ocurrido, que un joven caballero se ha matado por salvarme la vida.

—No me he matado —la interrumpió Hipólito—, solo me quebré un brazo, y me temo que también la pierna.

Angelina se puso pálida como el papel y se hundió en el suelo.
 –Y se va a morir antes de que llegue ayuda –dijo Faustina–.
 La tonta de Caterina camina más lento que un caracol.

–¡Yo iré a la casa! –gritó Angelina–. Que Caterina se quede contigo e Hipó... ¡Por Dios!, ¿qué estoy diciendo?

Salió corriendo y dejó a Faustina abanicando a su amado, que otra vez se había puesto pálido. En la Casa todos se alarmaron. El señor conde mandó llamar un médico e hizo acomodar una camilla sobre una base para que cuatro hombres la cargaran y llevaran a Hipólito para ser atendido. Angelina se quedó en la Casa, por fin pudo dejar salir toda su preocupación y lloró amargamente por el susto y la angustia que había pasado. «¡Ay, quien rompe sus promesas debe ser castigado! Ojalá su penitencia recayera sobre mí». Sin embargo, pronto se recompuso, preparó la cama, organizó los vendajes que consideró serían necesarios, y ya para ese momento a él lo habían llevado a la casa. Al rato llegó el médico y encontró que, en efecto, el brazo izquierdo estaba quebrado, pero la pierna solo estaba magullada. Lo inmovilizó entonces, lo sangró, y le dio un tranquilizante, con la orden además de dejarlo descansar. Angelina lo cuidó toda la noche, pero él durmió profundamente y no fue consciente de su presencia. Nunca había ella sentido tanto amor. Su infortunio, aunque accidental, lo consideró un tributo a sus sentimientos, y se concentró en sus atractivas facciones que apaciblemente descansaban. «Que Dios guarde al amante más leal que alguna vez ha bendecido las promesas de una mujer», pensó.

A la mañana siguiente Hipólito se despertó sin fiebre y de buen ánimo. El golpe en su pierna era casi imperceptible, y quería ya levantarse. El médico fue a revisarlo y le rogó que descansara un día más o dos para evitar que le subiera otra vez fiebre, le prometió una recuperación inmediata si seguía esas órdenes suyas. Angelina estuvo todo el día en la casa, pero no lo vio más.

Faustina no paró de hablar de su valentía, su caballerosidad, sus gestos encantadores. Ella era la protagonista de la historia. Era por ella que el caballero había arriesgado su vida, fue a ella a quien salvó. A Angelina le hizo algo de gracia su egolatría. «La mortificaría si le digo la verdad», pensó; así que se quedó callada. En la noche ya tenía que regresar al convento. ¿Debería ir a despedirse de Hipólito?, ¿estaría eso bien?, ¿eso significaría romper el juramento? Pero ¿cómo resistirse? Entró y se le acercó suavemente. Él escuchó los pasos y volteó a mirar con entusiasmo, pero luego pareció un poco decepcionado.

–Adiós, Hipólito –dijo Angelina–. Debo regresar al convento. Si llegas a recaer, Dios no lo permita, regresaré para cuidarte, atenderte, morir contigo; si mejoras, como parece ser la voluntad divina, en menos de un mes te estaré agradeciendo como mereces. Adiós, querido Hipólito.

–Adiós, querida Angelina. Gracias por los buenos deseos y las nobles intenciones de tu conciencia, no temas por mí. Y no me importa la incomodidad ni el dolor si han sido para que tú y tu dulce amiga estén a salvo. Adiós, Angelina; pero una cosa más: he sabido que mi padre se llevó a Camila de regreso a Bolonia el año pasado, ¿tal vez le has escrito?

–Para nada. Como deseaba el marqués, ni una carta nos hemos enviado.

–Y cumples igual con la amistad que con el amor. Ahora quiero que me prometas algo, ¿me vas a cumplir a mí como lo hiciste con mi padre?

–Solo si no interfiere con nuestro juramento.

–¡Nuestro juramento! Eres como una monjita, ¿acaso es tan poderoso nuestro juramento? No, no se trata de nada que lo rompa, solo quiero que no les escribas ni a Camila ni a mi padre nada relacionado con este accidente, saberlo solo les causará preocupación sin ningún motivo. ¿Me lo prometes?

—Prometo no escribirles sin tu permiso.

—Y confío en que cumplas con tu palabra como lo has hecho con nuestro juramento. Adiós, Angelina. Pero ¿te despides sin un beso?

Ella salió corriendo del cuarto para evitar la tentación, pues concederle esa solicitud habría sido una infracción aun peor que cualquiera de las que ya había cometido.

Regresó a Este, preocupada, pero aun así, feliz; segura del destino de su relación y rezando con fervor por la pronta recuperación de Hipólito. Durante los siguientes días fue con frecuencia a Casa Moncenigo a preguntar por su salud, le contaron que continuaba mejorando y finalmente le hicieron saber que ya se le permitía salir de la habitación. Esto se lo contó Faustina y sus ojos brillaban de gusto. Hablaba sin pausa del caballero, como ella lo llamaba, de su admiración y su gratitud. Todos los días, acompañada de su padre, lo visitaba y siempre tenía algo nuevo para contar sobre su ingenio, su elegancia, y sus agradables cumplidos. Ahora que él las podía acompañar en la sala, estaba doblemente encantada. Angelina, después de saber esto, se abstuvo de sus visitas diarias ya que no podría evitar el riesgo de encontrarse con su amado. Envío a alguien a preguntar todos los días, y siguió recibiendo noticias de su recuperación, y con ellas, la reiteración de su amiga para que los visitara. Pero Angelina seguía firme, sentía que estaba haciendo lo correcto, y aunque temía que él se enojara, sabía que en menos de dos semanas —a eso se había reducido ya el mes desde la última vez que se vieron— podría expresar libremente sus sentimientos y como él la amaba, sin duda la perdonaría. Su corazón estaba ligero, o mejor, lleno, pero solo de gratitud y felicidad.

Cada día, Faustina la seguía invitando para que fuera, y sus invitaciones se hacían cada vez más urgentes, pero Angelina se seguía excusando. Una mañana entró su amiga hasta su cel-

da para regañarla, cuestionarla y reclamarle por su ausencia. Angelina se sintió obligada a prometer una visita, y preguntó por el caballero, para planear en qué momento podría ir a la Casa sin tener que encontrarse con él. Faustina se sonrojó, una expresión a la vez encantada y confusa llenó todo su rostro mientras gritaba:

—¡Angelina, es que esa es la razón por la que quiero que vengas!

Ahora fue el turno de Angelina de sonrojarse, preocupada porque su secreto hubiera sido traicionado, preguntó con brusquedad:

—¿Qué te dijo él?

—¡Nada! —dijo su inquieta amiga—. Y es por eso que te necesito. Ayer papá me preguntó si él me gustaba, y dijo que si su padre aceptaba, no veía ninguna razón para que nosotros no nos casáramos. Yo tampoco la veo. Pero ¿él me ama? Si no me ama, no diré ni una palabra y nada se le preguntará a su padre, si no me ama no me casaría con él por nada del mundo.

Luego empezó a derramar lágrimas y se lanzó a los brazos de su amiga Angelina.

«Pobre Faustina —pensó Angelina—. ¿Estás sufriendo por mi culpa?», y la acarició y la besó con ternura para calmarla. Faustina siguió hablando. Estaba segura, decía, de que Hipólito sí la amaba. El nombre lastimaba los oídos de Agustina al ser pronunciado por otra, y eso la hizo palidecer y temblar, aunque se esforzaba por disimularlo. Las demostraciones de amor de él no eran muchas, decía Faustina, pero aun así, se alegraba de verla llegar... e insistía para que se quedara... y como la miraba...

—¿Alguna vez ha preguntado por mí? —dijo Angelina.

—No, ¿por qué lo haría? —preguntó Faustina.

—Me salvó la vida —respondió la otra, sonrojándose.

—¿Sí?, ¿cuándo? Ah, ya recuerdo. Solo pensaba en mi vida, pero claro, tú estabas en igual peligro, o incluso mayor porque te paraste frente a mí para protegerme. Mi amiga querida, no soy desagradecida, es solo que Hipólito me vuelve desmemoriada.

Todo esto sorprendió, es más, asombró a Angelina. No dudaba de la fidelidad de su amado, pero le preocupaba la felicidad de su amiga, y todo parecía indicar que sufriría. Prometió entonces visitarla esa misma tarde.

Así, la vemos de nuevo subiendo la colina, con el corazón enredado de cuenta de Faustina, esperando que su amor, repentino y no correspondido, no afecte su felicidad futura. En una curva del camino, cerca de la casa, escuchó su nombre, miró hacia arriba y otra vez, recostada en las barandas de la terraza vio la sonriente cara de su hermosa amiga, con Hipólito a su lado. Cuando sus ojos se encontraron, él retrocedió un poco y tambaleó. Angelina venía resuelta a ponerlo en advertencia, y estaba pensando cómo explicarle sin comprometer a su amiga. Fue un esfuerzo perdido, porque Hipólito ya no estaba cuando ella entró a la sala y no volvió a salir más. «Será para mantener el juramento», pensó Angelina, pero seguía preocupada por su amiga y no sabía qué hacer. Faustina solo sabía hablar de su caballero, y Angelina sentía un peso en la conciencia, pero no se le ocurría la más mínima idea de cómo actuar. ¿Debería revelarle toda la verdad a su amiga? Eso sería, tal vez, lo mejor, pero le parecía también lo más difícil de hacer. Además, a veces alcanzaba a sospechar que Hipólito le había sido infiel. Este pensamiento llegó como una ráfaga de angustia y se fue después. De todas formas, la perturbó bastante y no fue capaz de controlar su voz. Regresó al convento más preocupada y con más desasosiego que nunca.

Dos veces regresó a la casa y en ambas Hipólito volvió a evitarla, y la inquietud de Angelina por este comportamiento

suyo que le estaba pareciendo inexplicable fue cada vez mayor. Una y otra vez, el miedo a haberlo perdido le hacía doler el corazón, pero de nuevo se convencía de que su evasión y su silencio hacia ella estaban motivados por el juramento y que su misterioso comportamiento con Faustina estaba solo en la alegre imaginación de la joven. Continuamente estaba pensando en qué papel debería jugar, y esto le hacía perder el apetito y el sueño; finalmente estuvo demasiado débil para salir de visita y durante dos días estuvo enferma en cama. Durante esas horas febriles, ahora pasadas, incapaz de moverse y angustiada por la suerte de Faustina, llegó a la conclusión de que le escribiría a Hipólito. Él no aceptaba verla, así que no tenía otra forma de comunicarse. Aunque el juramento lo prohibía, ya de otras formas lo había roto, y en este caso no actuaba en beneficio propio, sino solo pensando en su muy querida amiga. Pero, si su carta llegaba a las manos equivocadas, o si Hipólito tenía la intención de cambiarla por Faustina, entonces su secreto quedaría enterrado para siempre en su corazón. Se decidió entonces a escribir, pero de una manera que la carta no la delatara ante un tercero. Fue una tarea difícil, pero por fin logró terminarla.

«El señor caballero sabrá excusar, esperaba. Ella era, y había sido siempre, como una madre para la señorita Faustina; la amaba más que a su vida. El señor caballero estaba actuando tal vez de manera inconsciente, ¿podía entenderlo? Y aunque no fuera su intención, la gente pensaría cosas. Todo lo que pedía de él era su autorización para escribirle a su padre el marqués, y así esta situación de misterio e incertidumbre terminaría lo más pronto posible».

Había descartado ya diez notas, y aunque estaba descontenta con esta, igual la selló, salió con esfuerzo de su cama de enferma e inmediatamente la despachó al correo.

Esta acción decidida le dio un poco de calma a su mente y su salud se vio beneficiada. Al día siguiente amaneció en tan buen estado que quiso ir a visitar la Casa para saber qué efectos había tenido su carta. Con el corazón a mil subió por la colina y en la curva acostumbrada miró hacia arriba, pero no estaba Faustina donde siempre para saludarla. No era extraño, pues no sabía que vendría, pero aun así, sin saber por qué, se sintió desgraciada, y empezaron a caer sus lágrimas. «Si tan solo pudiera ver a Hipólito por un minuto para que me diera alguna explicación, todo estaría perfecto».

Pensando en esto llegó a la Casa, entró y se dirigió a la sala. Oyó los pasos rápidos de alguien que parecía retroceder a medida que ella avanzaba. Faustina estaba sentada en la mesa leyendo una carta; sintió calor en sus mejillas y agitación en su pecho. El sombrero y la chaqueta de Hipólito estaban junto a ella, dando a entender que acababa de salir de la sala apresurado. Faustina se volteó, miró a Angelina y parecía salir fuego de su mirada. Tiró la carta que estaba leyendo a los pies de su amiga y esta pudo ver que era la suya.

—¡Tómala! —dijo Faustina— Es tuya. Por qué la escribiste o qué quiere decir, no voy a preguntarlo; es por lo menos una indelicadeza, pero sobre todo, te lo aseguro, una inutilidad. No soy de las que entregaría mi corazón sin que me lo hayan pedido, ni alguien que sería rechazada si mi padre me ofreciera en matrimonio. Toma tu carta, Angelina. ¡Todavía no puedo creer que me hayas hecho esto!

Angelina estaba ahí como si estuviera escuchando, pero no podía oír ni una palabra, con las manos entrelazadas y los ojos, inundados de lágrimas, no dejaban de mirar la carta.

—¡Te dije que la recojas! —gritó Faustina, dando una pequeña patada en el suelo, con impaciencia—. Llegó demasiado tarde, cualquiera sea su significado. Hipólito le ha escrito a su

padre para que acepte nuestro matrimonio y mi padre también lo ha hecho.

Angelina se quedó entonces como hipnotizada mirando a su amiga.

—¡Es verdad! Si no me crees, ¿quieres que llame a Hipólito para que confirme mis palabras? —le dijo Faustina exaltada.

Angelina, aterrorizada, recogió la carta, y sin decir una palabra, dio la vuelta, salió de la sala, de la Casa, bajó la colina y regresó al convento. Su corazón estaba a punto de estallar, de arder, sentía que su cuerpo estaba poseído por un espíritu que no era el suyo. No derramó lágrimas, pero sus ojos parecían salirse de sus órbitas, sus miembros sufrían pequeños espasmos. Corrió a su celda, se tiró en el suelo y entonces sí pudo llorar, y tras torrentes de lágrimas, pudo rezar, y entonces, volvió a pensar en que su sueño de felicidad había terminado para siempre, y quiso morir.

A la mañana siguiente, abrió sus ojos sin ánimo alguno y se levantó. Era de día, y todo tenía que despertarse a vivir, incluida ella, aunque ya no le parecía que el sol brillaba como antes y la desgracia hacía de su vida una tortura. No mucho después le dijeron que un caballero se encontraba en la recepción y quería verla. Se encerró en sí misma y se negó a bajar. La portera regresó un cuarto de hora después. El hombre se había ido, pero le había escrito, y le entregó una carta. Angelina la dejó sobre la mesa, no le interesaba abrirla, ya todo había terminado y no necesitaba esta confirmación. Pero luego, lentamente, y con cierto esfuerzo, rompió el sello. La fecha era el día en que expiraba el año del juramento. Sus lágrimas se agolpaban por salir, y entonces nació en su corazón la cruel idea de que todo había sido un sueño, y que ahora que la Prueba de Amor había terminado, él había escrito para casarse con ella. Inspirada en esta idea irracional, se secó las lágrimas y leyó estas palabras:

He venido a excusarme por mi bajeza. Como te negaste a verme, te escribo; aunque pueda ser un miserable ante tus ojos, me niego a que pienses de mí algo peor de lo que soy. Recibí tu carta cuando Faustina me acompañaba y ella reconoció tu letra. Ya sabes cómo es de impulsiva y emocional: me arrebató la carta y no pude evitarlo. No diré nada más. Sé que debes odiarme, pero deberías mejor compadecerme porque soy muy desgraciado. Mi honor está comprometido, todo esto ocurrió sin que me diera cuenta del peligro, pero ya no puedo hacer nada. No tendré paz hasta que me perdones, aunque sé que merezco tu desprecio. Faustina no sabe de nuestro secreto. Adiós.

La hoja cayó de las manos de Angelina.

Sería inútil describir la diversidad de penas por las que pasó la pobre joven. Su piedad, su resignación, su carácter noble y generoso le sirvieron mucho para superar el impulso de querer morir cuando pensaba en ellos. Faustina escribió para decirle que le gustaría verla, pero que Hipólito no estaba de acuerdo. Había llegado la respuesta del marqués de la Toretta, con su feliz consentimiento, pero como se encontraba enfermo, irían todos a Bolonia. Que se verían a su regreso.

Esta partida fue tranquilizante para la triste joven. Y pronto recibió otra carta, esta de parte del padre de Hipólito, llena de alabanzas por su conducta. Su hijo le había explicado todo como había ocurrido, le contó; decía que ella era un ángel, que el cielo tendría que recompensarla, pero que sería aun mayor su compensación si se dignara a perdonar a su desleal amado. Angelina sintió alivio al responder esta carta y dejar ir parte del peso que esta pena le había significado. Escribió que lo perdonaba por completo y que rogaba que él y su adorable esposa estuvieran llenos de bendiciones.

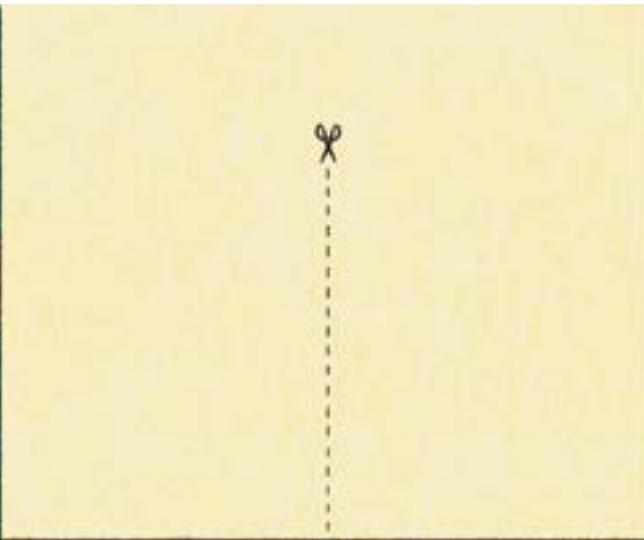
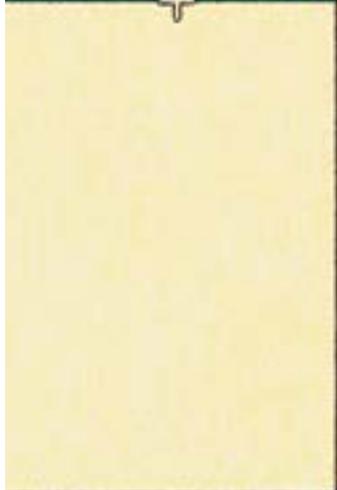
Hipólito y Faustina se casaron y estuvieron uno o dos años entre París y el sur de Italia. Al principio ella había sido irremediablemente feliz, pero luego la realidad del mundo y la naturaleza superficial e inconstante de su esposo causaron cientos de heridas en su joven corazón. Extrañaba la amistad, la amabilidad y simpatía de Angelina, recostar su cabeza en su tranquilizador pecho para que la consolara. Propuso regresar a Venecia e Hipólito estuvo de acuerdo, y en el camino visitaron Este. Angelina había tomado los hábitos en el convento de Santa Ana. Se veía de buen ánimo, aunque no exactamente feliz, escuchó asombrada las penas de Faustina, y trató de consolarla. Ahora, calmado el sentimiento que tenía hacia él, podía ver que Hipólito no era la persona que su alma había amado, y si se hubiera casado con él, con los profundos sentimientos y la altísima valoración del honor que tenía ella, sentía que estaría incluso más insatisfecha que Faustina.

La pareja vivió lo normal en un matrimonio italiano. Él era alegre, inconstante y descuidado; ella se consolaba con un servil caballero. Angelina, dedicada a servir a Dios, se sorprendía de todo esto, de cómo pueden cambiar tan fácilmente los sentimientos, que para ella eran sagrados e inmutables.

El traje nuevo del emperador

(1837)

HANS C. ANDERSEN



El traje nuevo del emperador

(1837)

HANS C. ANDERSEN

Hace muchos años vivió un emperador que era tan aficionado a la ropa de lujo que gastaba todo su dinero en verse realmente bien. Cuando pasaba revista a sus tropas, iba al teatro o salía al parque, solo tenía en mente ser visto en sus lujosos trajes. Tenía un abrigo para cada hora del día; y así como la gente decía de muchos reyes: «Está en reunión con sus consejeros», en este país lo que siempre decían era: «Está en su armario probándose ropa». En la gran ciudad en la que vivía, la vida era bastante cómoda y recibía muchos visitantes. Un día llegaron dos estafadores. Corrieron la voz de que eran sastres y que podían tejer las telas más maravillosas jamás imaginadas. Decían que no solo los colores y las texturas eran de una belleza extraordinaria, sino que la ropa hecha con ellas tenía esta increíble característica: se hacía invisible para alguien que estuviera en un cargo que no mereciese y tampoco la podían ver quienes fueran demasiado estúpidos. «Tienen que ser excelentes esos trajes –pensó el emperador–, si los uso podré saber quiénes en mi reino no son aptos para el cargo que ocupan. También sabré quiénes son inteligentes y quiénes brutos: para estar seguro, esos vestidos tienen que estar diseñados exactamente a mi medida». Para ello les dio a los estafadores por anticipado una enorme cantidad de dinero para que pudieran empezar su trabajo. Estos montaron dos telares y simularon empezar a tejer, pero no había ni rastro de un solo hilo en los telares. Para sus telas exigieron que les trajeran las sedas más finas y el mejor oro, que no tardaron en embolsillarse, mientras seguían hilando en los telares vacíos durante toda la noche.

«Me gustaría ver cómo van las telas», pensó el emperador. Pero en honor a la verdad, sentía un poco de temor cuando recordaba que cualquiera que fuera demasiado estúpido o inepto para su trabajo no podría verlas. Claro, confiaba en que no tendría que preocuparle que esto le ocurriera a él, pero de

igual forma envió primero a alguien más para que le informara cómo iban las cosas. Todos en la ciudad sabían del maravilloso poder que tenían estas telas y estaban ansiosos por saber qué tan incompetente o estúpido era su vecino.

«Enviaré a mi ministro de más confianza donde los sastres —pensó el emperador—. Sin duda, podrá ver qué tanto han avanzado, es un hombre inteligente y no hay nadie mejor que él para ocupar su cargo».

Así fue que el apreciado ministro se dirigió donde los dos estafadores trabajaban en el telar vacío. «¡Santo cielo!», pensó el ministro, esforzando sus ojos al máximo. «No veo absolutamente nada», pero se quedó callado.

Ambos estafadores le rogaron que por favor se acercara, y le preguntaban si no le parecía divina tal textura o hermoso tal color, señalando el telar vacío, y el pobre ministro se quedaba mirando en silencio, pero no podía ver ni un hilo, porque no había nada para ver. «¡No puede ser! —pensó el ministro—. «¿Será que soy estúpido? Jamás lo había pensado, pero si es así, nadie debe enterarse. ¿Tal vez soy incompetente en mi trabajo? ¡No! Quedaré muy mal si digo que no puedo ver la tela».

—Y bueno, ¿qué nos puede decir? —dijo el que estaba tejiendo.

—¡Espectacular! ¡Se ve de maravilla! —dijo el ministro, mirando de cerca con sus lentes—. ¡Las texturas!, ¡los colores! Debo decir al emperador que estoy absolutamente complacido con el trabajo de ustedes.

—Nos da mucho gusto escucharlo —dijeron ambos estafadores, y empezaron a nombrar los colores y a describir las particulares texturas. El ministro escuchó con mucho cuidado para poder repetirlo todo más tarde ante el emperador. Y así lo hizo. Los sastres luego exigieron más dinero, sedas y oro para usar en la manufactura. Se quedaron con todo, ni un solo hilo usaron para la farsa, pero continuaron, igual que antes, tejiendo en el telar vacío.

Muy pronto el emperador envió a otro de sus oficiales de confianza para revisar cómo avanzaba el tejido y qué tan pronto estaría listo. Le pasó lo mismo que al ministro. Miró y miró, pero como no había más que un telar vacío, nada se podía ver.

—Y bien, ¿no es esta una tela finísima? —dijeron ambos estafadores, mientras exhibían y explicaban los hermosos diseños que para nada estaban ahí.

«No soy estúpido —pensó el oficial—. ¿Será entonces que no soy apto para el buen cargo que tengo? Se burlarían de mí. No debo dejar que nadie se dé cuenta». Y de ahí pasó a admirar las hermosas telas que no estaba viendo, y a asegurar lo placenteros que encontraba esos lindos colores y esos diseños exquisitos.

—Es, en efecto, una tela maravillosa —le dijo finalmente al emperador.

Todos en la ciudad estaban hablando de este espléndido tejido. Por fin el emperador se decidió a verlo mientras todavía estaba en el telar, con un selecto grupo de colaboradores, entre ellos, los dos que ya habían estado antes. Se acercaron al par de astutos estafadores que ahora tejían con más entusiasmo que antes, pero igualmente sin sombra de una hebra de hilo.

—De verdad, ¿no les parece magnífico? —dijeron los dos oficiales anteriores. —Dígnese su majestad a apreciar la belleza de estos diseños y estos colores.

«¿Qué significa esto —pensó el emperador—. ¡No veo absolutamente nada! ¡Esto es terrible! ¿Entonces soy estúpido?, ¿no merezco ser emperador? Nada más aterrador podría pasarme».

—¡Ah, es muy hermoso! Tiene mi más alta aprobación —dijo, con una mirada complacida dirigida al telar vacío: por supuesto, no podía decir que ahí no veía nada.

El resto de su séquito miraba y miraba, pero tampoco captaron otra cosa diferente a los demás, y sin embargo, dijeron

lo mismo que el emperador: «Ay, pero qué hermoso es», y le aconsejaron que usara este espléndido nuevo traje en el desfile de conmemoración que se realizaría en pocos días. «¡Magnífico! ¡Exquisito! ¡Excelente!», iba de boca en boca. Todo el grupo estaba en su más alto estado de apreciación. El emperador le dio a cada estafador una cruz de caballería para que lucieran en sus ojales y el título de caballeros del Telar.

Durante toda la noche, la víspera del día del desfile, los estafadores estuvieron trabajando a la luz de dieciséis velas, así la gente pudo ver que pusieron todo su empeño en terminar el traje nuevo del emperador. Simulaban retirar el vestido del telar, cortaban el aire con tijeras, y enhebraban agujas con hilos invisibles.

—¡Perfecto! El traje está terminado —dijeron finalmente.

Hasta ellos llegó el emperador acompañado por los más nobles de su séquito. Cada estafador tenía un brazo levantado como si sostuviera algo.

—Mire, aquí está la malla, este es el abrigo, esta la capa, y todo lo demás. Es tan liviano como una telaraña, va a sentir como si no llevara nada encima; pero, por supuesto, ahí radica la belleza de las telas.

—¡Claro! —respondieron todos al tiempo, aunque ninguno podía ver nada, pues no había nada para ver.

—Dígnese su majestad a desvestirse ahora —dijeron los estafadores— para que podamos vestirlo con el nuevo traje y vea en el espejo cómo le queda.

El emperador se quitó la ropa que traía puesta y los estafadores simulaban pasarle cada pieza del nuevo traje que se suponía habían terminado. Luego pusieron sus manos alrededor de su cintura y fingieron ajustar y amarrar algo con firmeza. Se supone que la cola. El emperador se miró de frente, de perfil y de espaldas en el espejo.

«¡Magnífico! ¡Qué bien le queda! ¡Qué apuesto se ve!», dijeron todos. «¡El diseño! ¡Los colores! Sin duda es un traje digno de su majestad».

—Afuera espera el trono sobre el que será llevado su majestad durante el desfile —dijo el maestro de ceremonias.

—Muy bien, ya estoy listo —respondió el emperador—. Qué bien me veo, ¿no?

Una vez más se miró por todos lados en el espejo como si en realidad estuviera examinando la calidad del traje. Los caballeros encargados de llevar la cola bajaron sus manos al suelo como si la estuvieran levantando. Luego caminaron sosteniendo el aire porque tampoco querían que alguien se diera cuenta de que no estaban viendo nada.

Así que el emperador encabezaba el desfile montado en su hermoso trono y todo el mundo en las calles y las ventanas decía: «¡Señor! Qué hermoso traje nuevo lleva el emperador, que cola tan magnífica tiene su capa. Qué bien le queda». Nadie quería ser percibido como el que no podía verlo, pues eso significaría o que no merecía el cargo que tenía o que era demasiado estúpido. Ninguno de los trajes anteriores del emperador había sido tan admirado.

—¡Pero si no está vestido! —dijo un niño al verlo pasar.

—¡Oigan bien la voz de la inocencia! —dijo su padre.

Y luego la gente empezó a repetir el murmullo: «Un niño dijo que el emperador no lleva nada puesto».

«¡Pues, es que el emperador no está vestido!», finalmente gritó toda la multitud. Y al emperador se le erizó la piel porque le parecía que tenían razón. «De todas formas —se dijo—, debo continuar con el desfile». Y así siguió, más orgulloso que nunca, y sus caballeros detrás de él siguieron sosteniendo la cola del traje, cola que para nada estaba ahí.

El toque de oro

(1851)

NATHANIEL HAWTHORNE



El toque de oro

(1851)

NATHANIEL HAWTHORNE

Hace mucho tiempo vivió un hombre rico, que además era rey, y se llamaba Midas. Tenía una hijita, a quien nadie más que yo conocía y cuyo nombre nunca supe, o se me olvidó por completo. Así que, como me gustan los nombres raros para las niñas, la voy a llamar Primorosa.

Al rey Midas le gustaba más el oro que cualquier otra cosa en el mundo. La principal razón por la que valoraba su corona real era por estar hecha de ese precioso metal. Lo único que le gustaba tanto, o casi tanto como el oro, era esa pequeñita que alegremente jugaba alrededor del apoyapiés de su papá. Pero entre más amaba Midas a su hija, mayor era su deseo y su búsqueda de riquezas. Pensaba —¡pobre hombre!— que lo mejor que podría hacer por su amada niña sería legarle la más inmensa y brillante acumulación de monedas que jamás había sido reunida desde la creación del mundo. Por lo tanto, dedicó todo su ingenio y todo su tiempo a este propósito. Si alguna vez se cruzaba por un instante su mirada con las nubes con tintes dorados del atardecer, solo pensaba que ojalá fueran realmente de oro y las pudiera exprimir para guardar el oro en su caja fuerte. Cuando la pequeña Primorosa corría a su encuentro cargada de girasoles y margaritas en sus brazos, siempre le decía:

—¡Para, para, mi niña! Si esas flores de verdad fueran de oro como aparentan, sí valdría la pena recogerlas.

Sin embargo, en sus años anteriores, antes de que este deseo enfermizo de riqueza se apoderara de él, el rey Midas había tenido un gran gusto por las flores. Había plantado un jardín en el que crecían las rosas más grandes, hermosas y suaves que cualquier mortal haya visto u olido alguna vez. Estas rosas seguían creciendo en el jardín, igual de altas, encantadoras y fragantes que cuando Midas se pasaba las horas contemplándolas y disfrutando su aroma. Solo que ahora, sí es que alguna vez se

dignaba mirarlas, era únicamente para calcular cuánto costaría el jardín si cada uno de esos pétalos fuera una fina lámina de oro. Y aunque alguna vez tuvo también gusto por la música (a pesar de ese rumor infundado sobre sus orejas, que decía que se parecían a las de un asno), lo único que ahora consideraba musical era el tintineo de una moneda cuando chocaba con otra.

En fin. Como la gente se vuelve más y más tonta a menos que decida hacer algo para volverse más y más lista, Midas llegó a volverse tan excesivamente irracional que escasamente soportaba ver o tocar ningún objeto que no fuera oro. Se le volvió costumbre, además, pasar buena parte de sus días en un oscuro e infeliz apartado, bajo tierra, en el sótano de su palacio. Aquí era donde guardaba su riqueza. A este lúgubre hueco —pues era apenas un poco mejor que un calabozo— se dirigía Midas cuando sentía ganas de ser especialmente feliz. Ahí, después de asegurar cuidadosamente la puerta, tomaba una bolsa con monedas de oro, o una copa de oro tan grande como un lavamanos, o un pesado barrote de oro, o una medida de oro en polvo y las traía desde las oscuras esquinas de la habitación hasta un brillante y estrecho rayo de sol que entraba por el tragaluz del calabozo. El único valor que le encontraba al rayo de sol era que sus tesoros no brillarían sin su ayuda. Luego contaba las monedas que había en la bolsa; o tiraba el barrote al aire y lo agarraba cayendo; o hacía pasar el polvo de oro entre sus dedos; o miraba el reflejo chistoso de su propia cara sobre la circunferencia brillante de la copa y susurraba para sí: «Oh, Midas; rico rey Midas, ¡qué hombre más feliz eres!». Pero era cómico ver cómo la imagen de su cara le hacía muecas desde la pulida superficie; parecía darse cuenta de lo tonto de su comportamiento y burlarse de él.

Midas se decía un hombre feliz, pero sentía que aún no era tan feliz como debería. Jamás alcanzaría el punto máximo de

alegría a menos que el mundo entero se convirtiera en su cuarto del tesoro y estuviera repleto del preciado metal amarillo que fuera suyo y solo suyo.

Ahora, no tengo que recordarles a ustedes que son tan listos, que hace mucho, mucho tiempo, cuando vivió el rey Midas, sucedían muchas cosas que hoy consideraríamos maravillosas si ocurrieran en nuestros días y nuestro país. Y, de otro lado, muchas cosas suceden hoy que no solo nos parecen maravillosas a nosotros, sino ante las cuales las personas de los viejos tiempos quedarían estupefactas. Dentro de todo, considero que nuestro tiempo es el más extraño de los dos; pero, en cualquier caso, debo continuar con mi historia.

Un día Midas estaba pasando un rato alegre en su cuarto de tesoros, como de costumbre, cuando notó que una sombra caía sobre sus montañas de oro y, al mirar sorprendido hacia arriba, se encontró con la figura de un extraño, parado ante el brillante y estrecho rayo de sol. Era un hombre joven, con una cara alegre y sonrosada. Ya fuera que la imaginación del rey Midas pusiera un tinte amarillo sobre todo lo que mirara, o cualquiera fuera la causa, no pudo evitar contemplar que en la sonrisa con la que el extraño lo miraba había cierto tipo de reflejo dorado. Lo cierto era que, aunque esta figura interceptaba la entrada de luz, ahora había un brillo más radiante que antes sobre los tesoros apilados. Incluso las esquinas más remotas alcanzaban a recibir algo y se iluminaban cuando el extraño sonreía, como puntas de una llama o chispas de fuego.

Como Midas estaba seguro de haber girado cuidadosamente la llave que aseguraba la puerta, y que ninguna fuerza humana podría romper la entrada a su cuarto de tesoros, concluyó que su visitante tendría que ser alguien no humano. No importa realmente contarles de quién se trataba. En aquellos días, cuando la tierra era relativamente una novedad, se supone

que se encontraban por ahí seres dotados de poderes sobrenaturales, quienes se interesaban por la penas y alegrías de hombres, mujeres y niños, mitad en juego, mitad en serio. Midas ya se había encontrado antes con estos seres y no se lamentaba de volver a encontrarse con uno. De hecho, el aspecto de este extraño era tan amable y simpático, incluso hasta benéfico, que habría sido irracional sospechar de él ninguna intención malvada. Era mucho más probable que hubiera llegado para hacerle un favor a Midas. ¿Y qué otro favor podría ser, sino multiplicar la cantidad de sus tesoros?

El extraño repasó con su mirada todo el cuarto, y cuando su luminosa sonrisa había resplandecido sobre todos los objetos dorados que había ahí, de nuevo miró hacia Midas.

—Eres un hombre rico, mi amigo Midas —expresó—. Dudo que haya otras cuatro paredes en la tierra que contengan tanto oro como el que has logrado acumular en esta habitación.

—Lo he hecho bastante, bastante bien —respondió Midas, aunque con algo de inconformidad—. Pero, después de todo, esto es apenas una pizca, si tienes en cuenta que me ha tomado toda una vida reunirlo. Si uno pudiera vivir cien años, ahí sí tendría tiempo de hacerse rico.

—¡Qué! —exclamó el extraño—. ¿Entonces no estás satisfecho? Midas negó con la cabeza.

—¿Y qué te estaría faltando? —preguntó el extraño—. Por simple curiosidad, me encantaría saberlo.

Midas se puso a pensarlo. Tuvo el presentimiento de que este extraño, con el dorado destello de su simpática sonrisa había llegado tanto con el poder como con el propósito de cumplirle su mayor deseo. Ahora, por lo tanto, era ese afortunado momento, en el que solo tenía que expresarlo para obtener cualquier cosa posible, o aparentemente imposible, que se le ocurriera pedir a su mente. Así que pensó, y pen-

só, y pensó, y acumuló una montaña dorada sobre otra en su imaginación, sin ser capaz de imaginárselas suficientemente grandes. Hasta que al fin, una brillante idea se le ocurrió al rey Midas. Y realmente era tan brillante como el radiante metal que tanto amaba.

Levantándose del suelo, miró al extraño directamente a los ojos.

—Y bien, Midas —dijo el visitante—, veo que al fin has dado con algo que te daría toda la satisfacción. Dime cuál es tu deseo.

—Solo es esto —respondió Midas—: estoy agotado de recoger mis riquezas con tanta dificultad y seguir viendo el montón tan diminuto después de haberme esforzado tanto. ¡Deseo que todo lo que toque se convierta en oro!

La sonrisa del extraño se hizo tan amplia que parecía llenar todo el lugar con un estallido del sol que brilla en un valle sombrío, en el que amarillas hojas de otoño —porque eso parecían las láminas y objetos de oro— quedaban esparcidas bajo el destello de esa luz.

—¡El Toque de Oro! —exclamó—. Ciertamente mereces reconocimiento, mi amigo Midas, por concebir tan brillante idea. Pero ¿estás completamente seguro de que esto te dará toda la satisfacción que esperas?

—¿Cómo podría fallar?

—¿Y jamás te arrepentirás de contar con este don?

—¿Por qué lo haría? —preguntó Midas—. No pido nada más para ser completamente feliz.

—Que sea entonces como tú quieres —respondió el extraño, agitando su mano en señal de despedida—. Mañana, al amanecer, te verás dotado del Toque de Oro.

La figura del extraño se hizo después extremadamente brillante, y Midas tuvo que cerrar involuntariamente los ojos. Al abrirlos de nuevo, solo pudo ver el amarillo rayo de sol y, a su

alrededor, el brillo del metal precioso que había estado acumulando toda su vida.

Si Midas durmió normalmente esa noche, no lo cuenta la historia. Dormido o despierto, sin embargo, lo más seguro es que su mente estuviera en el estado de la de un niño al que se le ha prometido un juguete nuevo a la mañana siguiente. De cualquier modo, el día apenas se empezaba a asomar detrás de las montañas, cuando ya el rey Midas estaba bien despierto, y estirando los brazos fuera de la cama comenzó a tocar los objetos que estaban a su alcance. Estaba ansioso por probar si el Toque de Oro realmente había llegado, de acuerdo con lo prometido por el extraño. Así que puso un dedo sobre la silla junto a la cama, y sobre varias otras cosas, y estuvo bastante decepcionado al ver que todo permanecía hecho de exactamente la misma sustancia que antes. De hecho, se temía que solo hubiera soñado con la visita del luminoso extraño, o que este solo se hubiera burlado de él. Y qué asunto tan decepcionante sería si, después de tener tanta esperanza, Midas se tuviera que conformar con el poco oro que pudiera arañar con los métodos habituales, en lugar de poder crearlo solo con un toque!

En realidad, no era sino el comienzo de la mañana, con apenas un asomo de luz en el filo del cielo, donde Midas no alcanzaba a verlo. Siguió acostado con ánimo desconsolado, lamentando la caída de sus ilusiones, y se sentía cada vez más triste, hasta que los primeros rayos de sol entraron por su ventana e iluminaron el techo sobre su cabeza. Le pareció a Midas que este brillante rayo amarillo de sol se reflejaba de manera particular sobre las sábanas blancas de la cama. Al mirar más de cerca, cuál sería su sorpresa y alegría al darse cuenta de que la tela de lino se había transformado en lo que parecía una textura tejida del más puro y brillante oro. ¡El Toque de Oro había llegado a él con el primer rayo de sol!

Midas se levantó en una especie de arrebató feliz y corrió por toda la habitación agarrando todo lo que se atravesara en el camino. Tomó uno de los postes de la cama, e inmediatamente se convirtió en una columna dorada. Haló de los pompones de las cortinas para correrlas, con el fin de permitir un espectáculo más claro de las maravillas que estaban ocurriendo, y estos se hicieron pesados en sus manos: una masa de oro. Cogió un libro de su mesa de noche, con tocarlo, tomó la apariencia de uno de esos espléndidos volúmenes encuadernados con los lomos dorados que con frecuencia te encuentras hoy en día, pero al pasar sus páginas, ¡alto ahí!, eran un atado de finas láminas de oro en donde toda la sabiduría del libro se había vuelto ilegible. Se apresuró a vestirse, y estuvo fascinado de verse en un magnífico traje dorado, que permanecía suave y flexible, aunque lo agobiaba un poco con su peso. Sacó su pañuelo, que Primorosa había bordado para él. También era de oro, con las lindas y ordenadas puntadas hechas por su amada niña en todos los bordes, ¡con hilos de oro!

Pero de alguna forma, esta última transformación no complacía del todo a Midas. Habría preferido que la manualidad de su hijita hubiera permanecido igual que cuando ella se subió a sus rodillas y la puso en sus manos.

Igual, no valía la pena irritarse por esa pequeñez. Luego Midas sacó las gafas de su bolsillo y las puso sobre su nariz, para poder ver mejor de qué se trataba. En aquellos días, las gafas no se habían inventado para la gente común, pero ya eran usadas por los reyes; de otra manera, ¿cómo podría Midas haber tenido unas? Para su gran sorpresa, sin embargo, aunque las gafas fueran de excelente calidad, descubrió que no podía ver absolutamente nada a través de ellas. Pero era lo más normal del mundo, ya que, al tocarlas, los cristales transparentes se convirtieron en círculos del metal amarillo y, por supuesto,

completamente inútiles como lentes, aunque muy valiosos como oro. Encontró Midas un poco inconveniente que, con toda su fortuna, ya nunca más sería lo suficientemente rico para tener un par de gafas funcionales.

«Pero no importa, tampoco es tan relevante —se dijo a sí mismo, de manera muy filosófica—. No podemos esperar ningún gran beneficio sin que venga acompañado de unos cuantos inconvenientes. El Toque de Oro bien vale el sacrificio de un par de gafas por lo menos, o incluso, hasta de la misma capacidad de ver. Los ojos no me sirven más que para cosas cotidianas, y mi pequeña Primorosa pronto tendrá edad suficiente para leerme».

El rey Midas estaba tan entusiasmado con su buena suerte, que su palacio no le pareció espacio suficiente para contenerlo. Bajó entonces la escalera, y sonrió al notar que la baranda sobre la que se apoyaba mientras bajaba se iba convirtiendo en una barra de oro pulido. Levantó el pestillo de la puerta (era de latón hace apenas un momento, pero se puso dorado tan pronto levantó su dedo), y salió al jardín. Aquí, como siempre, encontró un gran número de hermosas rosas completamente florecidas junto a otras en diferentes estados de capullo y floración. Dejaban sentir su delicioso aroma en la brisa de la mañana y su delicado color era uno de los espectáculos más bellos del mundo; tan gentiles, tan modestas, tan llenas de una dulce tranquilidad parecían estas rosas.

Pero Midas conocía una forma de hacerlas aun más preciosas, según su manera de pensar, de lo que las rosas habían sido nunca. Así que hizo el enorme esfuerzo de ir de arbusto en arbusto ejerciendo su mágico toque sin descanso, hasta que cada flor y cada capullo, y hasta los gusanos que había dentro de algunos, quedaron convertidos en oro. Para cuando hubo terminado su buena obra, el rey Midas fue llamado a desayunar,

y como el aire de la mañana le había abierto el apetito, regresó con prisa al palacio.

De qué estaba hecho un desayuno de reyes en los tiempos de Midas, en realidad no lo sé, y no puedo parar ahora a investigarlo. Me atrevo a adivinar, sin embargo, que en esta particular mañana el desayuno estaba hecho de tortitas calientes, una buena trucha de charco, papas al horno, huevos cocidos y café para el rey Midas, y un plato de pan y leche para su hija Primorosa. Todo un desayuno para ser servido ante un rey, y ya sea que Midas lo tomase o no, no podría haber pedido uno mejor.

La pequeña Primorosa todavía no había llegado. Su padre ordenó llamarla y, sentado a la mesa, esperó la llegada de la niña para poder empezar a desayunar. Para ser justos con Midas, él realmente amaba a su hija y la amaba muchísimo más esta mañana de cuenta de la buena fortuna que le había tocado. No pasó mucho tiempo antes de que la oyera acercarse por los corredores llorando amargamente. Este hecho lo sorprendió bastante, pues Primorosa era una personita de las más alegres que puedas ver un día de verano y con dificultad llenaría un dedal de lágrimas en todo un año. Cuando Midas oyó sus sollozos decidió levantar el ánimo de Primorosa con una agradable sorpresa, así que, estirándose a lo largo de la mesa, tocó el plato de su hija (que era de porcelana china, con alegres figuritas alrededor) y lo convirtió en brillante oro.

Mientras tanto, Primorosa, lentamente y desconsolada abría la puerta, y se dejó ver con su delantal secando sus ojos, todavía sollozando como si su corazón se fuera a quebrar.

—¿Qué pasa, mi niña? —le dijo Midas— Cuéntame qué es lo que tienes, en esta hermosa mañana.

Primorosa, sin quitarse el delantal de los ojos, estiró su mano y adentro tenía una de las rosas que Midas acababa de transformar.

—¡Hermosa! —exclamó Midas— ¿Y qué tiene esta magnífica rosa dorada que te haga llorar?

—¡Ay, querido papá! —respondió la niña en la medida en que sus sollozos la dejaban hablar—. ¡Cómo que hermosa! ¡Es la flor más fea que alguna vez ha crecido! Tan pronto me vestí, corrí al jardín para recoger algunas rosas para ti, porque sé que te gustan, y aún más cuando las recoge tu propia hija. Pero ¡qué tristeza! ¿Qué crees que les pasó? ¡Qué desgracia! Todas esas preciosas rosas, que olían tan dulce y tenían tan hermosos colores, ¡están todas estropeadas, echadas a perder! Se pusieron muy amarillas, así como esta, y ya no huelen a nada. ¿Qué les pudo haber pasado?

—Para nada, mi niñita amada; alégrate en vez de llorar —dijo Midas, con vergüenza de confesar que él mismo había obrado el cambio que tanto la entristecía a ella—. Siéntate y come tu pan y tu leche. Vas a ver que es mucho más fácil vender una rosa de oro como esta (que durará cientos de años), que una común, que se marchita en un día.

—¡No me gustan las rosas así! —gritó Primorosa, tirándola con desprecio—. ¡No huele a nada, y esos pétalos duros me pican la nariz!

La niña se sentó en la mesa, pero estaba tan ocupada con su pena por las rosas malogradas que ni siquiera notó la maravillosa transformación de su plato de porcelana china. Tal vez era mejor así, pues Primorosa estaba acostumbrada a disfrutar de las alegres figuras y las extrañas casas y árboles que estaban pintados alrededor del plato; ahora toda esa decoración quedaba perdida en la tonalidad amarilla del metal.

Mientras tanto, Midas se había servido una taza de café y, por supuesto, la cafetera, cualquiera que haya sido el metal del que estaba hecha cuando la cogió, ya era de oro cuando la soltó. Empezó a meditar, entonces, que era un estilo de esplendor

extravagante, para un rey de costumbres simples como él, de sayunar en una vajilla de oro, y empezó a pensar en la dificultad para mantener sus tesoros a salvo. El armario de la cocina ya no sería un lugar seguro para guardar artículos tan valiosos como sus platos y cafeteras de oro.

Entre estos pensamientos, llevó la taza de café a su boca y, al sorberla, se asombró al darse cuenta de que, en el instante en que sus labios entraron en contacto con el líquido, este se convirtió en oro fundido, y un segundo después, se volvió una masa dura.

—¡Ay! —exclamó Midas un poco asustado.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Primorosa mirándolo, todavía con algunas lágrimas en sus ojos.

—Nada, mi niña, nada —dijo Midas—. Tómate tu leche, antes de que se te enfríe.

Luego tomó una de las pequeñas truchas de su plato, y a modo de experimento, tocó la cola con su dedo. Para su espanto, se transformó inmediatamente de una deliciosa trucha frita en un pez dorado, aunque no uno de esos que la gente pone dentro de globos como decoración de la sala; no, este era un auténtico pez metálico que parecía hecho con mucha astucia por el mejor orfebre del mundo. Sus espinas ahora eran cables de oro, sus aletas y su cola eran finas láminas doradas, tenía las marcas del tenedor, y toda la apariencia de un pescado recién preparado estaba replicada con exactitud en el metal. Una obra muy bonita, como pueden suponer, solo que el rey Midas, en este preciso momento, preferiría mucho más tener una trucha real en su plato, en lugar de esta elaborada y valiosa imitación de una.

«No logro ver —pensó— qué voy a hacer para desayunar».

Tomó una de las tortas calientes, y apenas la había partido, cuando, para su cruel disgusto, aunque un momento antes

había sido de la más blanca harina, de inmediato tomó el tono amarillo de una comida hindú. Y para ser sinceros, si hubiera sido realmente una torta caliente hindú, Midas la habría apreciado muchísimo más de lo que hacía con esta, cuya solidez y creciente peso amargamente le hacían darse cuenta de que era de oro. Casi con desespero se sirvió un huevo cocido, que inmediatamente pasó por el mismo cambio que la trucha y la torta. El huevo, de hecho, se podría confundir con uno de los que ponía el famoso ganso del cuento infantil, solo que aquí el rey Midas era el único ganso que había tenido algo que ver con el asunto.

«Pues bien, este sí que es un dilema», pensó, recostándose en su silla mientras veía con bastante envidia a la pequeña Primorosa que estaba comiendo su pan y su leche con gran deleite. «Tan costoso desayuno ante mí, y no puedo comerme nada».

Con la esperanza de que, por obra de la rapidez podría evitar lo que ahora consideraba un gran inconveniente, el rey Midas agarró a continuación una papa e intentó meterla en su boca y tragarla apresurado, pero el Toque de Oro era más ágil que él, y se vio con la boca llena, no de harinosa papa, sino de sólido metal, que le quemó tanto en su lengua, que lo hizo soltar un fuerte rugido y saltando de la mesa, empezó a moverse y brincar por todo el comedor, a la vez por el dolor y por el susto.

—¡Papito querido! —gritó Primorosa, que era una niña muy afectuosa—. ¿Qué te pasa?, ¿te quemaste la boca?

—¡Ay, mi niñita! —gimió Midas con tristeza—, no sé qué será de tu pobre padre.

Y realmente, mis estimados, ¿han oído hablar de un caso más lamentable en la vida? Aquí estaba literalmente el desayuno más rico que se le podía servir a un rey, y su misma riqueza lo hacía absolutamente incomedible. El obrero más pobre, sentado frente a su trozo de pan y un vaso de agua, estaría

muchísimo mejor que el rey Midas, cuya costosa comida en efecto valía su peso en oro. ¿Y qué podría hacer? Si para la hora del desayuno ya Midas tenía un hambre excesiva, ¿acaso sería menos a la hora del almuerzo?, ¿y qué tan voraz sería su apetito para la cena, que sin duda estaría hecha de los mismos alimentos indigeribles que ahora tenía ante él? ¿Cuántos días creen que podría sobrevivir si continuaba con este costoso menú?

Estos pensamientos empezaban a preocupar al sabio rey Midas, que ya dudaba de sí, después de todo, la riqueza sería lo único que deseaba, o por lo menos lo que más deseaba. Pero este fue un pensamiento pasajero. Tan fascinado estaba Midas con el brillo del metal amarillo, que todavía se negaba a renunciar al Toque de Oro por una razón tan miserable como un desayuno. ¡Solo imaginen el precio de los ingredientes para una sola comida! ¡Sería como pagar millones y millones de dinero (tantos millones que tomaría una eternidad contarlos) por unas truchas fritas, un huevo, una papa, una torta y una taza de café!

«Sería demasiado costoso», pensó Midas.

De todas maneras, tenía tanta hambre y estaba tan perplejo con esta situación, que otra vez gruñó fuerte y de forma muy dolorosa. Nuestra linda Primorosa no pudo aguantar más. Se sentó por un momento a mirar fijamente a su padre y con todo el poder de su pequeña mente trató de entender qué le pasaba; luego, con un impulso dulce y generoso de consolarlo, se levantó de su silla, corrió hacia Midas y lo abrazó amorosamente por las rodillas. Él se dobló para besarla. Sintió que el amor de su hijita valía mil veces más que lo que había ganado con el Toque de Oro.

—Mi linda Primorosa —le expresó.
Pero Primorosa no respondió.

¡Oh, no! ¿Qué hizo? ¡Qué fatal resultó ser el don que el extraño le había concedido! En el momento en el que los labios de Midas habían tocado la frente de Primorosa, había ocurrido la transformación; su carita dulce y rosada, tan llena de amor como era, se volvió del brillante tono amarillo con una lágrima del mismo color congelada sobre su mejilla. Sus hermosos rizos caoba tomaron el mismo tono, su figurita suave y tierna se puso dura e inflexible entre los brazos de su padre. ¡Ay, qué terrible desgracia! La víctima de su insaciable deseo de riqueza, la pequeña Primorosa, ya no era una niña real, sino una estatua de oro.

Sí, ahí estaba, con una mirada intrigada de amor, dolor y pena endurecida en su rostro. Era la imagen más hermosa y más lamentable que alguien haya visto nunca. Todas las características y detalles de Primorosa estaban ahí, incluso su encantador hoyuelo seguía en su mentón. Pero, entre más perfecta era la semejanza, mayor era la agonía del padre al contemplar esa imagen dorada, que era todo lo que le quedaba de su hija. Una de las frases favoritas de Midas, cuando se sentía especialmente unido a su niña, era decir que valía su peso en oro. Y ahora la frase se había vuelto literalmente cierta. Finalmente, cuando ya era demasiado tarde, sentía cómo un corazón cálido y tierno que lo amaba infinitamente, excedía el valor de todas las riquezas que se pudieran acumular entre el cielo y la tierra.

Sería una historia demasiado triste si les contara cómo Midas, después de alcanzar lo que más había deseado, se retorció las manos y se maldecía, y cómo no soportaba mirar a Primorosa, ni tampoco dejar de mirarla. Excepto si sus ojos estaban fijos en su imagen, se negaba a creer que se hubiera transformado en oro. Pero al mirarla nuevamente, veía esta preciosa figurita, con una lágrima amarilla en su amarilla mejilla, y se veía tan dulce y tierna que parecía como si la misma expresión

necesitara suavizar el oro y volverla humana otra vez. Esto, sin embargo, no ocurría, así que a Midas no le quedaba más que retorcerse las manos y desear ser el hombre más pobre en el mundo entero, si la pérdida de todas sus riquezas pudiera recuperar aunque fuera un poco del color de la hermosa carita de su niña.

Estando en este mar de desesperación, de repente vio a un extraño parado junto a la puerta. Midas bajó la cabeza sin decir nada, pues reconoció al mismo personaje que se le había aparecido el día anterior, en el cuarto de los tesoros y le había concedido este desastroso poder del Toque de Oro. En el rostro del extraño todavía se veía esa sonrisa que parecía darle un halo luminoso a toda la habitación y se reflejaba sobre la imagen de la pequeña Primorosa, así como sobre los otros objetos que había transformado el toque de Midas.

—Y bien, amigo Midas —dijo el extraño—. Cuéntame de tu éxito con el Toque de Oro.

Midas negó con la cabeza.

—Soy muy infeliz —le dijo.

—¿En serio? ¿muy infeliz? —exclamó el extraño—. Pero ¿qué pasó? ¿Acaso no cumplí fielmente mi promesa? ¿No obtuviste todo lo que tu corazón deseaba?

—El oro no lo es todo —respondió Midas— Y he perdido aquello que realmente tenía valor en mi corazón.

—Ya veo. ¿Has aprendido algo desde ayer? —agregó el extraño—. Veamos qué es, entonces. Cuál de estas dos cosas crees que es más valiosa, ¿el don del Toque de Oro, o un vaso de agua fría y limpia?

—¡Bendita sea el agua! —exclamó Midas— ¡Ya nunca más refrescará mi garganta seca!

—¿El Toque de Oro —continuó el extraño— o la corteza del pan?

—Un trozo de pan —respondió Midas— vale todo el oro del mundo.

—¿El Toque de Oro —volvió a preguntar— o tu pequeña Primorosa, cálida, suave y amorosa como estaba hace una hora?

—¡Mi niña!, ¡mi hijita adorada! —estalló el pobre Midas, retorciendo sus manos—. No cambiaría ni ese hoyuelito en su mentón por el poder de transformar toda la tierra en un enorme trozo de oro.

—Ahora eres más sensato que antes, rey Midas —dijo el extraño, mirándolo seriamente—. Puedo ver que tu corazón no se transformó en oro. Si así hubiera sido, tu caso estaría realmente perdido. Pero parece que aún eres capaz de entender que las cosas más comunes, aquellas que están al alcance de cualquiera, son más valiosas que las costosas por las que tantos suspiran y luchan por tener. Ahora, dime, ¿deseas sinceramente librarte del Toque de Oro?

—¡Me parece odioso!

Una mosca se posó sobre su nariz, e inmediatamente cayó al suelo, pues también se había convertido en oro. Midas se estremeció.

—Entonces, ve —dijo el extraño— a sumergirte en el río que pasa detrás de tu jardín. Llena un vaso con agua del mismo río y espárcela sobre cualquier objeto que quieras cambiar nuevamente de oro, a su materia original. Si lo haces con seriedad y sinceridad, probablemente repares los daños que tu avaricia ha ocasionado.

El rey Midas hizo una profunda reverencia, y cuando levantó la cabeza, el extraño se había desvanecido.

No hay ni que decir que Midas no esperó para ir a buscar una jarra de barro (pero, cómo no, dejó de ser de barro en cuanto la tocó) y corrió a la orilla del río. Mientras corría hacia allá y se abría paso entre los arbustos, era maravilloso ver cómo la na-

turalidad se ponía amarilla detrás suyo, como si el otoño hubiera estado solo allí y en ningún otro lugar. Al llegar al agua se lanzó de cabeza, sin tomarse siquiera el tiempo de quitarse los zapatos.

—¡Uf! ¡Uf! —resopló el rey Midas al sacar la cabeza del agua—. Muy bien, este ha sido un baño de verdad refrescante, y creo que debe haber lavado del todo el Toque de Oro. Ahora, ¡a llenar la jarra!

Al hundirla dentro del agua, le alegró hasta el alma ver cómo dejaba de ser de oro y cambiaba al sencillo barro del que estaba hecha antes de que la tocara. También se dio cuenta de un cambio en su interior. Sintió que en su pecho perdía algo frío, duro y pesado. Sin duda, su corazón también había ido perdiendo su sustancia humana y se había transformado en el insensible metal, pero ahora se suavizaba nuevamente al volver a ser de carne. Al ver una flor violeta que crecía a la orilla del río, Midas la tocó con su dedo, y estuvo feliz de comprobar que la flor seguía siendo del mismo color y no se convertía en el brillante amarillo. La maldición del Toque de Oro había sido, definitivamente, revocada de sus manos.

El rey Midas corrió de regreso al palacio y supongo que sus sirvientes no tenían idea de por qué su majestad traía a casa con mucho cuidado una jarra de barro llena de agua. Pero esa agua, que buscaba deshacer todos los daños que había causado su locura mezquina, era más preciada para Midas que todo un océano de oro fundido. Lo primero que hizo, si es que hace falta que se lo diga, fue bañar a dos manos la estatua dorada de la pequeña Primorosa.

Tan pronto cayó el agua sobre ella, hasta ustedes habrían sonreído al ver cómo regresaba el color rosado a las mejillas de la linda niña, ¡y cómo empezaba a toser y estornudar! ¡Y lo sorprendida que estaba de verse goteando agua y ver a su padre echándole todavía más!

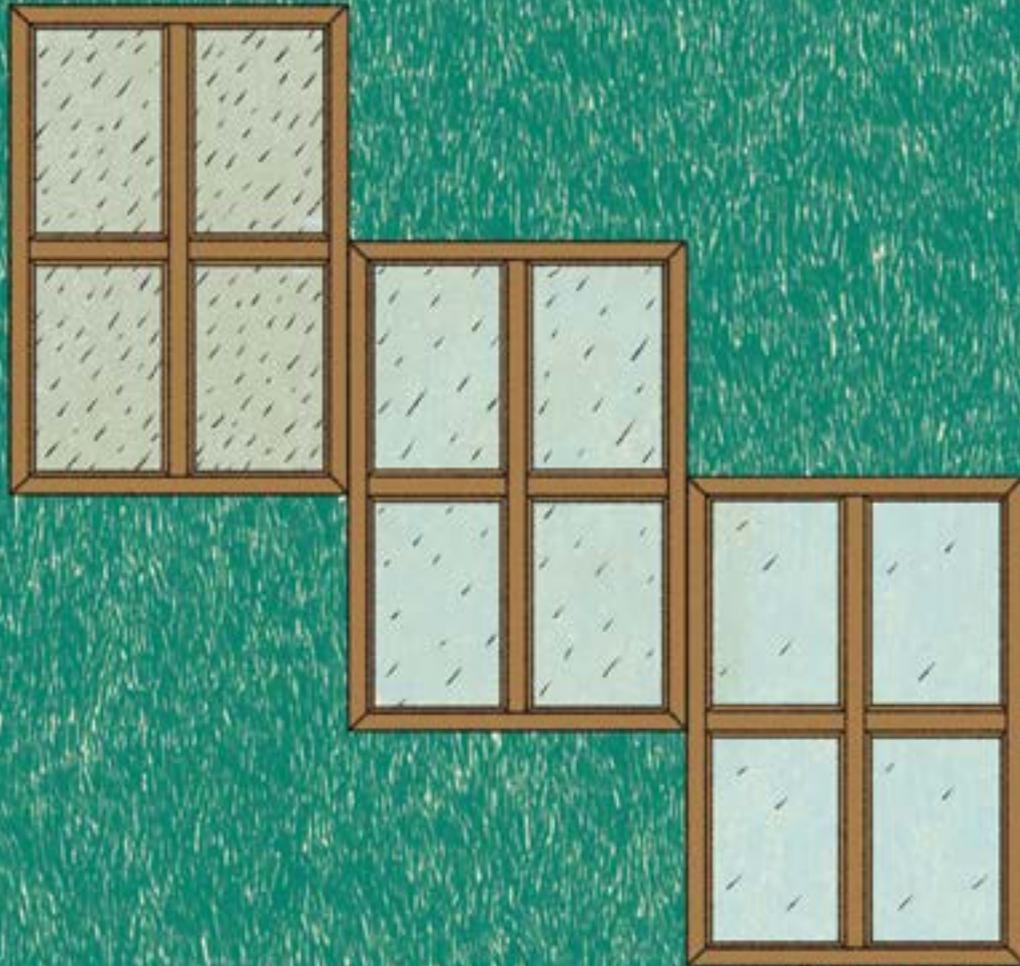
—¡Por favor, no más, querido papá! —le gritó— Mira como ya me mojaste mi vestido, que apenas me había puesto esta mañana.

Pues Primorosa no sabía que había sido una estatua de oro, ni recordaba nada que hubiera ocurrido desde el momento en el que corrió con los brazos estirados a consolar al pobre rey Midas.

Su padre no consideró necesario contarle a su querida hija lo tonto que había sido, se conformó con demostrar qué tan sensato se había hecho ahora. Para esto, llevó a Primorosa hasta el jardín, donde regó el resto del agua sobre los rosales, con tan buen resultado que más de cinco mil rosas recuperaron su hermoso florecer. Hubo dos circunstancias, sin embargo, que mientras vivió, traían de nuevo a la mente del rey Midas el recuerdo del Toque de Oro. Una era que las arenas del río brillaban como oro; la otra, que el pelo de Primorosa, ahora, tenía un tinte dorado que no había notado nunca, antes de que su beso la transformara. Este cambio de matiz era positivo, y hacía que el cabello de Primorosa se viera más bonito que en su infancia.

Cuando el rey Midas se hizo viejo y cargaba a los hijos de Primorosa sobre sus rodillas, le gustaba contarles esta maravillosa historia, casi igual que como se las acabo de contar aquí. Luego les tomaba sus brillantes rizos y les decía que su pelo también tenía ese matiz dorado, y que lo habían heredado de su madre.

—Y para serles sincero, mis pequeñines —decía el rey Midas mientras hacía cabalgar a los niños sobre sus rodillas—, desde esa mañana he odiado ver cualquier cosa dorada, excepto estos rizos.



La tormenta

(1898)

KATE CHOPIN

La tormenta

(1898)

KATE CHOPIN

CUENTISTAS DEL SIGLO XIX

CHOPIN

I

Las hojas estaban tan quietas que incluso Bibi pensó que iba a llover. Bobby, que estaba acostumbrado a conversar con su hijito como si fuera un adulto, le señaló al niño ciertas nubes oscuras que se aproximaban desde el occidente con malas intenciones, acompañadas de un rugido fuerte, amenazante. Estaban en la tienda de Freidheimer y decidieron quedarse ahí hasta que pasara la tormenta. Se sentaron junto a la puerta en dos barriles vacíos. Bibi tenía cuatro años y se veía bastante avisado.

—Mamá se va a asustar —se le ocurrió decir, parpadeando mucho.

—Seguro va a cerrar bien las puertas y las ventanas. Tal vez Silvia le esté ayudando esta noche —le respondió Bobby para tranquilizarlo.

—No, hoy no está Silvia. Silvia la ayudó ayer —dijo Bibi.

Bobby se levantó y se acercó al mostrador para comprar una lata de camarones, que a Calixta le encantaban. Luego regresó a su sitio en el barril y se sentó muy quieto agarrando la lata mientras se desataba la tormenta. Esta sacudió la tienda de madera y parecía estar arrasando lo que tocaba a la distancia. Bibi posó su manita sobre la rodilla de su papá sin mostrar ningún miedo.

II

En casa, Calixta no tenía preocupación alguna por los suyos. Se sentó junto a una ventana a coser muy concentrada en su máquina. Estaba bastante ocupada y no se dio cuenta de la tormenta que se aproximaba. Se sentía acalorada y tenía que parar para secarse la cara cuando el sudor empezaba a formar gotas. Se aflojó el cuello del saco blanco que llevaba puesto. Empezó a oscurecer y de repente se dio cuenta de la situación, se levantó con prisa y empezó a cerrar ventanas y puertas.

Afuera, en el pequeño patio, Calixta había colgado la ropa de domingo de Bobby para que se secase y corrió a recogerla antes de que empezara la lluvia. Apenas salió, Alce Laballire cruzó la entrada. No lo había visto mucho desde que se casó, y nunca estando sola. Se quedó ahí parada con el abrigo de Bobby en sus brazos y empezaron a caer las gotas de lluvia. Alce llevó su caballo bajo un alero donde se habían juntado las gallinas y en el que estaban recostados el arado y el rastrillo.

—¿Puedo esperar en la parte cubierta de su patio hasta que pase la tormenta, Calixta? —le preguntó.

—Pase, señor Alce.

La voz de él e incluso la suya la despertaron como si estuviera en un trance, y agarró el chaleco de Bobby. Alce, subiéndose al antejardín, haló los pantalones y sujetó la chaqueta bordada de Bibi que estaba a punto de ser arrebatada por un repentino soplo de viento. Él reiteró su intención de esperar en el patio, pero pronto se hizo evidente que sería lo mismo que quedarse a la intemperie, la lluvia golpeaba las paredes en gruesas cortinas de agua, así que entró y cerró la puerta detrás suyo. Incluso fue necesario poner algo más en la parte baja de la puerta para impedir la entrada del agua.

—¡Uf! ¡Qué lluvia! Desde hace por ahí dos años no llovía así —exclamó Calixta, al tiempo que enrollaba unas bolsas y Alce la ayudaba a meterlas por la grieta.

Ella se veía un poco más llenita que hace cinco años, antes de casarse, pero no había perdido nada de su vitalidad. Sus ojos azules aún conservaban su capacidad encantadora y su pelo rubio, revolcado por el viento y la lluvia, se arremolinaba con más terquedad que nunca sobre sus orejas y su frente.

La tormenta golpeaba el bajo techo entejado con tal fuerza y estrépito que amenazaba con inundarlos en un diluvio ahí mismo. Estaban en el comedor, que era sala de estar, que era sa-

lón multipropósitos. Al lado estaba su habitación, con la cama de Bibi junto a la suya. La puerta estaba abierta y el cuarto, con su enorme cama blanca y las persianas cerradas, se veía oscuro y misterioso.

Alce se dejó caer en una mecedora y Calixta, algo nerviosa, empezó a recoger del suelo el largo de la sábana de algodón que había estado cosiendo.

—Si esto sigue así, sabrá Dios si los diques van a aguantar —exclamó ella.

—¿Y qué tienes que ver tú con los diques?

—Tengo todo que ver. Bobby y Bibi están afuera en la tormenta. Ojalá se hayan quedado en la tienda de Freidheimer.

—Esperemos, Calixta, que Bobby sea suficientemente sensato para protegerse de un ciclón.

Ella fue a pararse junto a la ventana con cara de gran preocupación. Limpió el marco que estaba empañado con la humedad. El calor era sofocante. Alce se levantó y se paró junto a ella en la ventana, mirando sobre su hombro. La lluvia caía en ráfagas que no permitían ver las cabañas a lo lejos y envolvían el bosque circundante en una niebla gris. El juego de relámpagos era incesante. Un rayo cayó sobre un árbol de cinamomo al borde del terreno, que llenó todo el espacio visual con una luz cegadora y el estruendo parecía invadir hasta las tablas sobre las que estaban parados.

Calixta se tapó los ojos y se tambaleó hacia atrás mientras lloraba. Los brazos de Alce la rodearon y por un instante la acercó sollozante hacia él.

—¡Cuidado! —gritó, liberándose de los envolventes brazos mientras se alejaba de la ventana. —¡Esta casa será la siguiente! Si solo supiera dónde está Bibi.

No lograba tranquilizarse, no quería calmarse. Alce la agarró por los hombros y la miró a los ojos. El contacto con su

cuerpo tibio y agitado, cuando la había rodeado con sus brazos sin pensarlo mucho, había despertado el viejo deseo que sentía por ella.

—Calixta —le dijo—, no tengas miedo. Nada va a ocurrir. La casa está en un terreno bajo y rodeada de muchos árboles altos como para que le caiga un rayo. Es así. ¿Te vas a calmar? Dime, ¿estás más tranquila?

Le retiró el pelo de la cara, que estaba acalorada y sudorosa. Sus labios estaban rojos y húmedos como cerezas. Su blanco cuello y apenas una mirada a sus grandes y firmes pechos lo provocaron con gran fuerza. Cuando ella levantó la cara para mirarlo, el miedo que antes estaba en sus ojos azules pasó a ser un brillo de ensueño que inconscientemente delataba un ardiente deseo. La miró a los ojos y no tuvo más que hacer que poner un beso en sus labios. Entonces recordó Asunción.

—¿Te acuerdas de Asunción, Calixta? —le preguntó en voz baja y apasionada.

Ah, ella lo recordaba, porque en Asunción él la había besado una y otra vez, hasta que su sensatez estuvo a punto de fallarle y para protegerla él había recurrido a una salida no planeada. Aunque por esos días ya no era una blanca paloma, todavía estaba inmaculada; una criatura apasionada que había hecho de su indefensión su mejor defensa, contra la cual el honor de él le impedía insistir. Pero ahora, bueno, ahora sus labios parecían disponibles para ser probados, así como su largo y blanco cuello y sus aún más blancos pechos.

Dejó de importarles el estruendo de la tormenta, el rugido de los elementos la hacía reír mientras descansaba entre sus brazos. Ella fue una revelación en esa habitación oscura y misteriosa, tan blanca como la cama sobre la que estaban. Su piel firme y elástica, que estaba conociendo por primera vez su derecho natural al placer, era como un suave lirio al que el

sol invita a participar con su aliento y su perfume en la vida infinita de este mundo.

La generosa abundancia de la pasión de ella, sin falsedad o engaño, era como una llama blanca que penetraba y era correspondida por la naturaleza sensual de él en profundidades nunca antes alcanzadas.

Cuando él le acarició los pechos, estos se le ofrecieron con fascinación, invitando a sus labios. Su boca era una fuente de delicias. Y cuando entró en ella, ambos parecían desfallecer casi en las fronteras del misterio de la vida.

Él se quedó recostado sobre ella, sin aliento, agotado, débil, con su corazón palpitando como un martillo. Con una mano ella le acercó la cabeza y ligeramente rozó con sus labios su frente. La otra mano acariciaba con un ritmo tranquilizador su musculoso hombro.

El rugir del trueno ahora era distante y ya pasaba. La lluvia caía suave sobre las tablillas, casi invitándolos a una siesta. Pero no se permitieron ceder.

III

La lluvia había cesado y el sol había convertido el brillante mundo vegetal en un palacio de gemas. Calixta, en el patio, miraba a Alce alejarse: él se volteó y le regaló una radiante sonrisa, ella levantó su hermoso mentón y rio con ganas.

Bobby y Bibi, que caminaban lento de regreso a casa, pararon en el pozo para ponerse un poco más presentables.

—Oye, Bibi, ¡qué va a decir tu mamá! Debería darte pena. Y hoy que te pusiste esos pantalones buenos, ¡mira cómo los llevas! ¡Ay, y ese barro en el cuello! ¿Cómo fue que te embarraste el cuello, Bibi? No había visto un niño igual.

Bibi era la viva imagen de una sentida resignación. Bobby se esforzaba por sonar muy serio en su solicitud, aunque al

tiempo trataba de retirar de sí mismo y de su hijo las señales de su recorrido por caminos fangosos y campos anegados. Limpió con un palo el barro de las piernas y pies desnudos de Bibi y con cuidado borró todas las huellas de sus pesadas botas. A continuación se preparó para el peor encuentro con su muy escrupulosa esposa y entraron con prevención por la puerta de atrás.

Calixta estaba preparando la comida. Ya había puesto la mesa y estaba filtrando el café en el fogón. Cuando los vio, pegó un brinco.

—¡Ay, Bobby! ¡Regresaron! Estaba tan preocupada. ¿Dónde los cogió la lluvia? Y Bibi, ¿no está mojado?, ¿no se hizo daño?

Tenía a Bibi fuertemente abrazado y lo besaba amorosamente. Todas las explicaciones y disculpas que Bobby había preparado a lo largo del camino se quedaron sin decir mientras Calixta se aseguraba de que estuviera seco y no mostraba más que satisfacción de que estuvieran de regreso y a salvo.

—Te traje camarones, Calixta —ofreció Bobby, mientras sacaba la lata de su bolsillo y la ponía sobre la mesa.

—¡Camarones! ¡Ay, Bobby, eres el mejor! —Y le dio un sonoro beso en la mejilla. —¡Te lo aseguro! ¡Esta noche festejamos!

Bobby y Bibi empezaron a relajarse y a disfrutar, y cuando los tres se sentaron a comer en la mesa se rieron tanto y tan alto que cualquiera podría escucharlos incluso hasta donde los Laballire.

IV

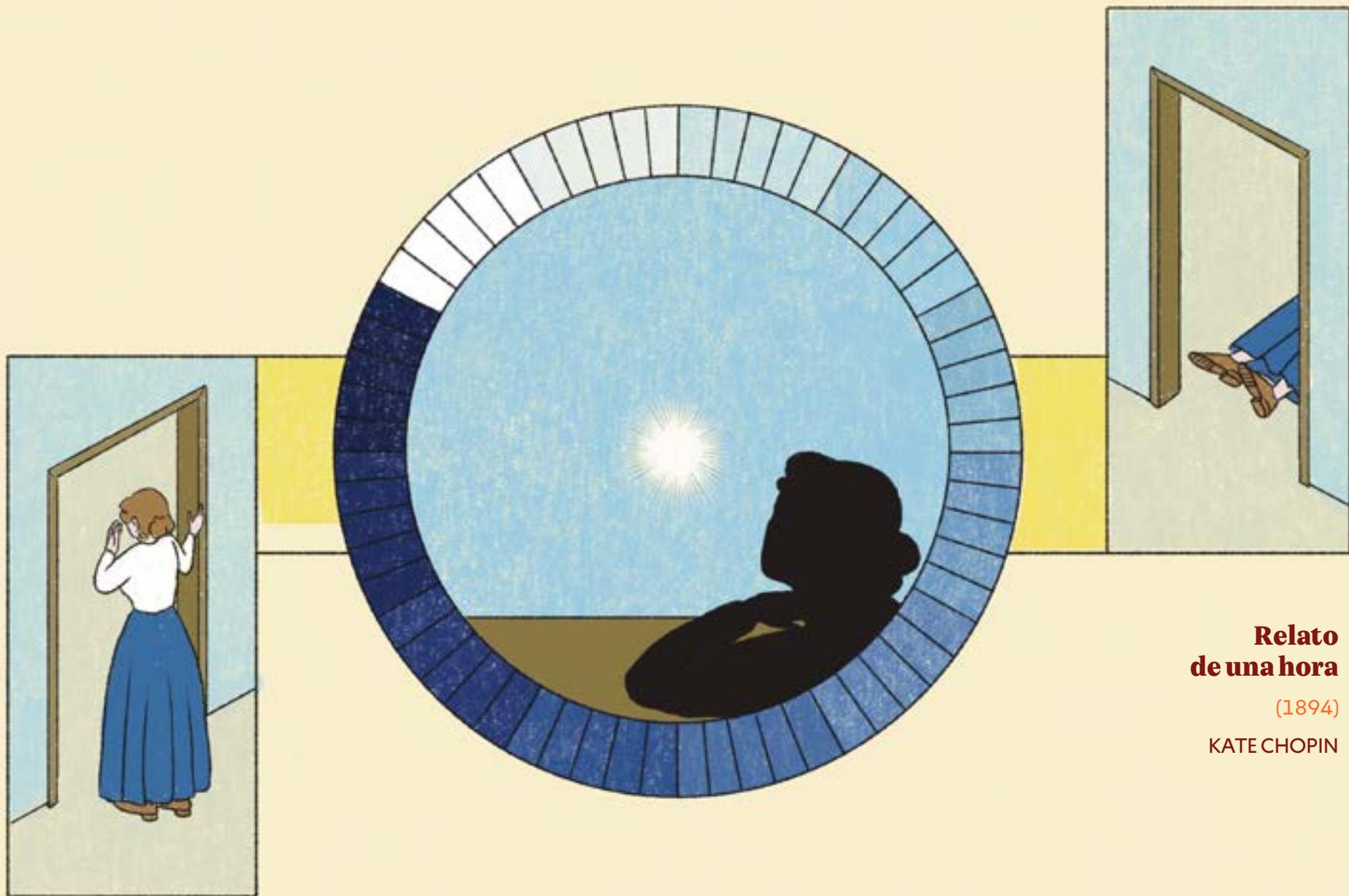
Esa noche, Alce Laballire le escribió una carta a su esposa, Clarisa. Era una carta amorosa, llena de tiernas expresiones. Le decía que no tuviera prisa, que si ella y los bebés estaban disfrutando la visita a Biloxi, que se quedaran un mes más. Decía que él estaba bien, y aunque los extrañara, estaba dispuesto a

soportar la separación un poco más de tiempo ya que sabía que la salud y el disfrute de ellos eran lo más importante.

V

Por su parte, Clarisa estuvo encantada de recibir la carta de su esposo. Ella y los niños estaban pasando un buen tiempo. Le gustaba socializar ahí, se encontró con sus viejos amigos y conocidos. Y en este primer espacio libre que tenía desde que se había casado parecía haber restaurado la placentera libertad de sus días de soltera. Aunque se dedicaba con amor a su esposo, la intimidad conyugal era algo a lo que estaba dispuesta a renunciar por un tiempo.

Y así pasó la tormenta y todo el mundo estuvo feliz.



**Relato
de una hora**

(1894)

KATE CHOPIN

Relato de una hora

(1894)

KATE CHOPIN

CUENTISTAS DEL SIGLO XIX

CHOPIN

Dado que la señora Mallard sufría de problemas cardíacos, se tuvo gran cuidado al comunicarle, de la manera más suave posible, la noticia de la muerte de su esposo.

Se lo dijo su hermana Josefina, hablando en frases entrecortadas, con pistas sutiles que a medias revelaban y a medias ocultaban. Richards, el amigo de su esposo, también estaba ahí, junto a ella. Él estaba en la redacción del periódico cuando llegó la información del desastre en las vías del tren, con el nombre de Brently Mallard encabezando el listado de «víctimas». Solo se tomó el tiempo suficiente para confirmar la veracidad con un segundo telegrama y se apresuró antes de que cualquier otro amigo menos cuidadoso y prevenido llegara con el triste mensaje.

Ella no oyó el relato como muchas mujeres antes habían oído lo mismo, con la incapacidad paralizante de aceptar su significado. Rompió a llorar de inmediato y se dejó ir de forma repentina y salvaje en los brazos de su hermana. Cuando la tormenta de pena se calmó, se fue sola a su habitación. Nadie fue detrás de ella.

Ahí había, frente a la ventana abierta, un sillón amplio y cómodo. En este se descargó ella, empujada por el agotamiento físico que pesaba sobre su cuerpo y casi parecía llegarle al alma.

Desde ahí podía ver, en el parque frente a su casa, las copas de los árboles que se estremecían con el reverdecer de la primavera. El aire olía al delicioso aroma de la lluvia. Abajo, en la calle, un vendedor ambulante anunciaba sus mercancías. Levemente le llegaban las notas de una canción que alguien cantaba a distancia, y una multitud de ruiseñores trinaba en las cornisas.

Se podían ver trozos de cielo azul entre las nubes, que se habían encontrado y apilado hacia el lado occidental de la ventana.

Estaba sentada con su cabeza recostada en el cojín del espaldar del sillón. Permanecía bastante inmóvil, excepto por

los suspiros que subían de su pecho y la sacudían, como cuando un niño que ha llorado hasta dormirse continúa sollozando en sueños.

Era joven, su rostro mostraba claridad y calma, sus líneas reflejaban moderación, e incluso cierto carácter. Pero en este momento su mirada estaba apagada, enfocada a lo lejos en uno de esos trozos de cielo azul. No había ni una pizca de reflexión en sus ojos, más bien indicaban la ausencia de cualquier pensamiento inteligente.

Algo iba a pasarle y la tenía a la espera, con temor, pero ¿qué era? No podía saberlo, era demasiado sutil y esquivo para nombrarlo. Pero podía sentirlo, deslizándose desde el cielo y alcanzándola a través de los sonidos, los olores, los colores de los que estaba lleno el entorno.

Su pecho entonces comenzó a subir y bajar, agitado. Empezaba a reconocer aquello que le allegaba para dominarla, y luchaba para rechazarlo con todas sus fuerzas, que eran tan pocas como las de sus blancas y delicadas manos. Cuando se dejó llevar, una palabra ligeramente susurrada se escapó de sus labios apenas entreabiertos. La dijo una y otra vez con un leve aliento: «Libre». «Libre». «¡Libre!». A esto le siguieron la mirada vacía y el terror en su rostro, pero se fueron pronto de sus ojos, tras lo cual estos permanecieron entusiastas y brillantes. Su pulso empezó a latir rápido y sintió que la sangre le calentaba y relajaba cada centímetro de su cuerpo.

No paró a preguntarse si el tipo de alegría que la abrazaba era monstruoso. Una percepción clara y apasionada la llevó a considerar que esa idea era trivial. Sabía que volvería a llorar cuando viera las manos tiernas y amables de su esposo en posición mortal; y su rostro, que siempre reflejó amor hacia ella, rígido, gris y muerto. Pero detrás de ese amargo momento vio una larga sucesión de años venideros que le pertenecerían en

absoluto solo a ella. Abrió y extendió sus brazos para darles la bienvenida.

No habría nadie por quien vivir en esos siguientes años; viviría para sí misma. No habría ninguna autoridad anteponiéndose a la suya en esa persistencia ciega con la que hombres y mujeres creen tener el derecho a imponer una voluntad individual sobre uno de sus semejantes. Que la intención fuera buena o cruel no hacía que ese acto pareciera menos criminal ante los ojos con los que veía en ese breve momento de claridad.

Aún así, lo había amado —a veces—. Casi nunca. ¡Qué importaba! ¡Qué aportaba el amor, ese misterio irresuelto, de cara a esta autoconfianza que de repente reconoció como el impulso más fuerte de su ser!

«¡Libre! ¡Libre en cuerpo y alma!», continuó susurrando.

Josefina estaba de rodillas tras la puerta cerrada y le imploraba que le abriera hablándole a través de la cerradura.

—Luisa, jare la puerta! Te lo ruego. Te vas a hacer daño. ¿Qué estás haciendo, Luisa? Por amor de Dios, abre la puerta.

—Vete. No me haré daño. —Al contrario. Ella bebía el elixir de la vida a través de su ventana abierta.

Sus fantasías se desbocaban hacia esos días que tenía por delante. Días primaverales, días de verano, todo tipo de días serían solo suyos. Rezó una corta oración para tener una larga vida. Y pensar que solo ayer le preocupaba tener una larga vida.

Ante la insistencia de su hermana, se levantó y abrió la puerta. En sus ojos había un triunfo intenso, y sin darse cuenta avanzaba como una diosa de la victoria. Agarró a su hermana por la cintura y bajaron juntas las escaleras. Richards las esperaba abajo.

Alguien estaba abriendo la puerta con una llave. Quien entró fue Brently Mallard, un poco descompuesto por el viaje, tranquilamente cargando su maletín y su sombrilla. Había

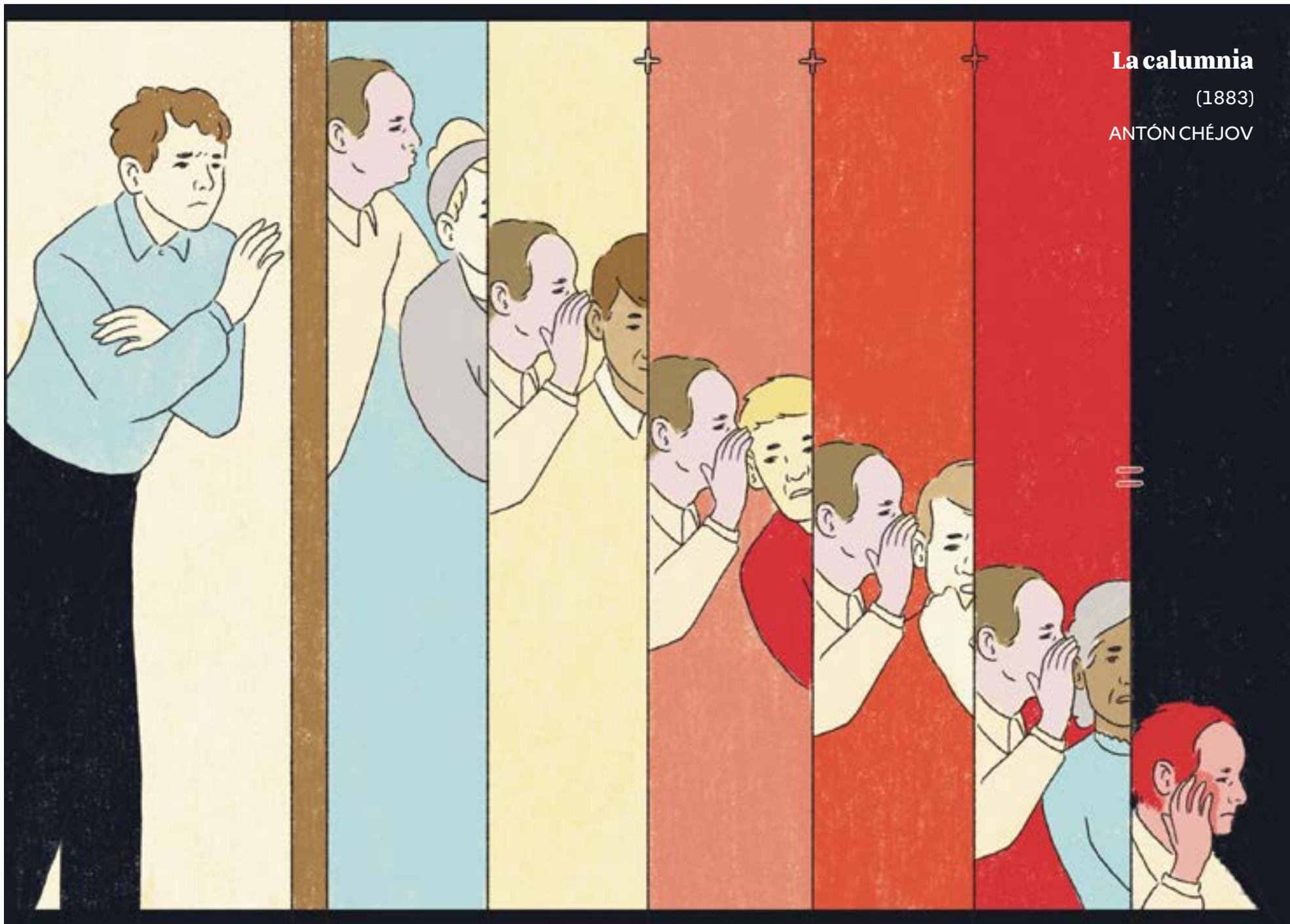
estado lejos del sitio del accidente, de hecho, ni siquiera sabía que había ocurrido uno. Se paralizó con el grito desgarrador de Josefina y se sorprendió del rápido movimiento de Richards para tratar de que su esposa no lo viera.

Cuando llegaron los médicos informaron que Luisa había muerto de un mal del corazón —de una alegría mortal—.

La calumnia

(1883)

ANTÓN CHÉJOV



La calumnia

(1883)

ANTÓN CHÉJOV

Serguéi Kapitónich Ajinéiev, el profesor de caligrafía, era el anfitrión en el matrimonio de su hija con el profesor de historia y geografía. La fiesta de boda estaba saliendo de maravilla. En el salón de artes había juegos, música y baile. Los meseros, contratados del club, iban con prisa de un lado a otro, vestidos con sus trajes de etiqueta negros y sus corbatas blancas ya un poco sucias. Había mucho alboroto y conversaciones animadas.

Sentados en el sofá, los profesores de matemáticas y de francés, y el practicante de contabilidad hablaban de forma atropellada y se interrumpían entre ellos para contarles a los invitados historias de personas enterradas vivas, y sumaban sus opiniones sobre espiritismo. Ninguno de ellos creía en este, pero todos admitían que muchas cosas del mundo escapaban a la comprensión de la mente humana. En la siguiente sala, el profesor de literatura explicaba a los invitados en qué casos un celador estaba autorizado a dispararle a alguien. Como se puede ver, los temas eran preocupantes, pero también muy interesantes. Algunas personas que por su posición social no podían entrar a la fiesta miraban a través de las ventanas del patio.

Cerca de la medianoche el dueño de casa fue a la cocina para asegurarse de que todo estuviera listo para la cena. Del suelo al techo, toda la cocina estaba repleta de aromas a ganso y pato al horno, y muchos otros sabores. En dos mesas aparte estaban los acompañantes, licores y refrescos distribuidos en un artístico desorden. La cocinera, Marfa, con la cara enrojecida y una figura que asemejaba un barril rodeado de una correa, daba vueltas entre las mesas.

—Déjame ver el esturión, Marfa —dijo Serguéi, mientras se frotaba las manos y se relamía los labios—. ¡Qué delicia de olores! Me podría comer la cocina entera. Vamos, muéstrame el esturión.

Marfa subió a uno de los bancos y con mucho cuidado levantó una pieza envuelta en papel aluminio. Cuando lo retiró, sobre un enorme plato reposaba un gran esturión, cubierto con salsas y acompañado con alcaparras, aceitunas y zanahorias. Serguéi se quedó mirando el esturión con gusto, la cara se le iluminó, sus ojos brillaron. Se inclinó e hizo con los labios el sonido de una rueda sin aceitar. Se quedó mirando otro momento, chasqueó los dedos y le lanzó otro besito al pez.

—¡Ajá! Oigo besos apasionados... ¿Con quién te estás besando allá, Marfita? —dijo una voz que se aproximaba desde la sala de al lado y por la puerta se asomó la cabeza calva de Vankin, el asistente. —De quién se trata, ¿eh? ¡Ah! ¡Encantado de verlo, Serguéi Kapitónich! Debo decirlo, es usted un abuelo de muy buen gusto.

—¡No la estoy besando! —dijo Serguéi nervioso— ¿Quién te ha dicho eso, grandísimo tonto? Solo estaba... chasqueando mis labios... como si estuviera... en señal de... de deleite por el esturión.

—¡Si usted lo dice! —Desapareció la cara intrusa llevando una amplia sonrisa.

Serguéi se sonrojó.

«Estoy hecho —pensó—. Ese diablo ahora va a armar un escándalo. Va a hablar de mí y a humillarme ante todo el pueblo, el desgraciado».

Serguéi se dirigió al salón de artes y buscó con sigilo a Vankin. Lo vio parado junto al piano, e inclinado con cara de picardía le susurraba algo a la cuñada del inspector que la hacía reír.

«¡Le está hablando de mí! —pensó Serguéi—. ¡De mí, maldita sea! ¡Y ella se lo está creyendo! ¡Se está riendo! ¡Virgen santa! No puedo permitirlo, ¡no puedo! Tengo que hacer algo para impedir que le crean... Voy a hablar con todos, lo voy a hacer quedar como un imbécil y un lengüilargo».

Serguéi se rascó la cabeza y sobreponiéndose a la vergüenza, se acercó al profesor de francés.

—Fui a la cocina a ver cómo iba la cena —le dijo al francés—, sé cuánto le gusta el pescado y tengo un esturión, mi querido colega, como no ha visto uno igual antes. Metro y medio de largo. ¡Qué tal! Por cierto... se me olvidaba... cuando estaba en la cocina justo ahora, mirando semejante esturión, ¡pasó una cosa tan chistosa! Fui a la cocina porque quería ver cómo iban los platos para la cena y al ver el esturión chasqueé los labios con deleite de lo sabroso que se veía. En ese instante entra el idiota de Vankin a la cocina y dice: «¡Ajá! Conque se andan besando por aquí». Besar a Marfa, la cocinera, ¡a quién se le ocurre! ¡Hay que ser tonto! Si esa mujer es un espanto. Solo a él se le ocurriría que la besaría. Es un bicho raro.

—¿Quién es un bicho raro? —preguntó el profesor de matemáticas mientras se acercaba.

—Pues ese que está allá, Vankin. Pasa que fui a la cocina... —Y repitió toda la historia—. Pero me hizo reír el bicho raro ese. ¡Imagínese! Si tuviera que escoger, preferiría besar a un perro que a Marfa —añadió Serguéi.

Echó un vistazo a su alrededor y encontró detrás suyo al practicante de contabilidad.

—Estábamos hablando de Vankin —le dijo—. Ese bicho raro. Entró a la cocina, me vio al lado de Marfa y empezó a inventar todo tipo de historias idiotas. «¿Por qué se están besando?», me dijo. Seguramente debió beber mucho. «Besaría primero a un pavo real que a Marfa», le dije. «Además, tengo a mi esposa», también le dije. ¡Pero sí que me hizo reír!

—¿Quién te hizo reír? —preguntó el sacerdote que enseñaba religión en el colegio, acercándose a Serguéi.

—Vankin. Yo estaba en la cocina, mirando un esturión...

Y así siguió. En un lapso de una media hora ya todos los invitados estaban enterados del incidente en la cocina con Vankin y el esturión.

«Que lo cuente ahora— pensó Serguéi con satisfacción—. Que empiece a contar su historia para que todos le digan al tiempo: “Basta de tus insensateces inventadas, tonto. ¡Ya sabemos cómo ocurrió todo!”».

Y Serguéi se sintió tan aliviado, que se pasó unas cuatro copas de su límite. Después de acompañar a los recién casados hasta su habitación, se fue a la cama y durmió como un bebé. Al día siguiente no pensó más en el incidente del esturión. Pero cómo es la vida, el hombre propone y Dios dispone. Las malas lenguas hicieron lo suyo y la estrategia de Serguéi no sirvió de nada. Una semana después de la boda —para ser exactos, un miércoles, después de la tercera hora de clases—, cuando Serguéi estaba en medio de la sala de profesores reprochando las inclinaciones viciosas de un alumno llamado Visekin, el rector se le acercó y lo llamó aparte:

—Mire, Serguéi Kapitónich —dijo el rector— me disculpa, y no es asunto mío, pero de todas formas le debo llamar la atención... es mi deber. Hay rumores de que usted está teniendo una aventura con la... cocinera... No tiene que ver conmigo, pero... coquetéele, bésela... lo que quiera, pero por favor, no lo haga público. Se lo suplico. No se le olvide que usted es un profesor.

Serguéi palideció. Regresó a casa como si lo hubiera picado todo un panal de abejas, como si hubiera pasado por una olla de agua hirviendo. Camino a casa le dio la impresión de que todo el pueblo lo miraba como si estuviera untado de brea. En casa lo esperaba otro problema.

—¿Por qué no estás comiendo con tu apetito normal hoy? —preguntó su esposa durante la cena—. ¿Qué te tiene tan pensativo?, ¿estás recordando tus amoríos?, ¿no puedes dejar de pensar en tu Marfa? ¡Ya lo sé todo! ¡Musulmán! ¡Mis queridos amigos me han abierto los ojos, maldito salvaje!

Y le dio una cachetada. Serguéi se levantó de la mesa y sin ponerse sombrero ni abrigo salió como una bala a buscar a Vankin. Lo encontró en su casa.

—¡Sinvergüenza! —le dijo—. ¿Por qué me has llenado de deshonra ante todo el pueblo? ¿Por qué te inventaste esa calumnia en mi contra?

—¿Qué calumnia? ¿De qué me hablas?

—¿Quién regó el chisme de que yo estaba besando a Marfa? ¿No fuiste tú? ¡Niégalo, bandido!

Vankin parpadeó y cada fibra de su rostro se contrajo, alzó sus ojos al cielo y dijo como un rezo:

—Que Dios me castigue. Que me caiga un rayo y me deje ciego si he dicho una sola palabra sobre ti. Que me quede sin casa y sin familia y padezca algo peor que el cólera.

La sinceridad de Vankin no daba lugar a ninguna duda. Era evidente que no había sido el autor de la calumnia.

«Pero, entonces, ¿quién? —se preguntaba Serguéi, repasando mentalmente todos sus conocidos y dándose golpes de pecho—. ¿Quién pudo ser?».

¿Quién pudo haber sido?, preguntamos entonces al lector.



El ciego
(1897)
KATE CHOPIN

El ciego

(1897)

KATE CHOPIN

Un hombre con una cajita roja en una mano caminaba por la calle. Su viejo sombrero de paja y sus ropas desgastadas mostraban cuánta lluvia les había caído encima y cuántas otras veces el sol las había secado sobre su cuerpo. No era viejo, pero se veía frágil; y caminaba bajo el sol, sobre la acera de asfalto ardiente. El lado opuesto de la calle tenía árboles que daban una sombra amplia y fresca: todo el mundo caminaba por ese lado. Pero este hombre no, porque además de ciego, era estúpido.

En la cajita roja tenía unos lápices que tenía la esperanza de vender. No usaba bastón, sino que se guiaba siguiendo con el pie el borde de piedras, o con la mano la baranda de metal. Cuando llegaba a una casa con escaleras, las subía. A veces, después de llegar a la puerta con gran dificultad, no podía encontrar el timbre, entonces pacientemente volvía a bajar y seguía su camino. Algunas entradas con rejas metálicas estaban aseguradas con llave, en donde los dueños se habían ido de vacaciones, pero él igual se gastaba todo el tiempo del mundo tratando de abrirlas, aunque no importaba mucho, pues tenía todo el tiempo de sobra a su disposición.

A veces lograba encontrar el timbre, pero la persona o la empleada que atendía la puerta no necesitaba ningún lápiz, y tampoco las podía convencer de ir a preguntar a la dueña de la casa por algo tan insignificante.

El hombre llevaba mucho tiempo fuera y había caminado largo rato. Esa mañana, alguien que finalmente se había cansado de verlo rondando por ahí le había dado esa caja de lápices y lo había enviado a ganarse la vida. El hambre, con sus colmillos afilados, gruñía en su estómago y una sed agotadora le reseca la boca y lo torturaba. El sol estaba hirviendo. Llevaba mucha ropa encima, un chaleco y una chaqueta sobre su camisa; debería quitárselos y llevarlos en el brazo o dejarlos

tirados, pero no pensó en eso. Una mujer amable que lo vio desde una ventana sintió lástima por él y deseó que se pasara a la acera del lado sombreado.

El hombre se desvió hacia otra calle, y en esta había un grupo de escandalosos y entusiasmados niños jugando. El color de la caja que traía el hombre les llamó la atención y quisieron saber qué había en ella. Uno de ellos trató de arrebatársela. Con el instinto de proteger su propio y único medio de subsistencia, se defendió, les gritó a los niños y los insultó. Un policía dobló la esquina y, al darse cuenta de que él era el centro del desorden, lo sacudió con brusquedad por el cuello, pero cuando notó que era ciego, se resistió a agarrarlo a garrotazos y lo dejó seguir su camino. El hombre continuó andando bajo el sol.

Siguiendo en su andar sin rumbo dobló por una esquina en la que enormes carros eléctricos tronaban de arriba abajo, resonaban sus pitidos y literalmente sacudían el suelo bajo sus pies con su impulso aterrador. El hombre empezó a cruzar la calle.

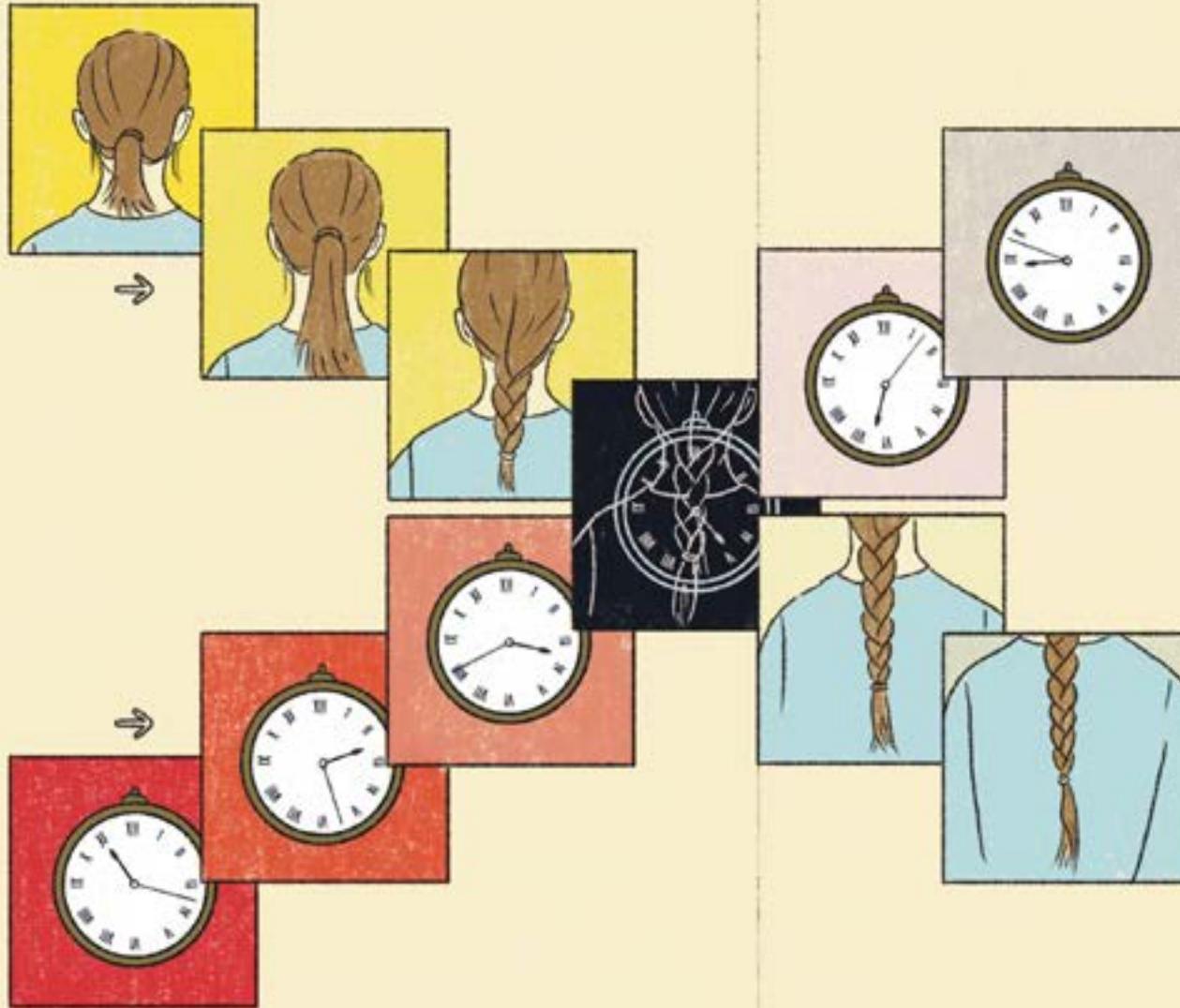
Entonces algo ocurrió. Algo horrible que hizo que las mujeres se desmayaran y los hombres más fuertes, al verlo, sintieran náuseas y mareos. Los labios del maquinista del tren se pusieron tan grises como su cara, que ya estaba de un gris ceniza, y tembló y se tambaleó del esfuerzo sobrehumano que había puesto en detener la locomotora.

¿De dónde había salido esta multitud tan de repente, como por arte de magia? Jóvenes a las carreras, hombres y mujeres se bajaban de sus carros para ver tan repugnante imagen, médicos corriendo en coches como conducidos por la Providencia.

Y el horror creció más cuando la gente identificó en esa figura muerta y destrozada a uno de los hombres más ricos, generosos e influyentes del pueblo, un hombre reconocido por su prudencia y previsión. ¿Cómo es que a alguien así se le había atravesado tan terrible destino? Venía acelerado desde su ofi-

cina, ya que iba tarde a encontrarse con su familia que en una o dos horas salía para su casa de verano en la costa Atlántica. Con tanta prisa, no notó el otro carro que venía en dirección contraria y se repitió este accidente tan común y horripilante.

El ciego no sabía de qué se trataba todo el disturbio. Había cruzado la calle y ahí estaba, tropezando bajo el sol, siguiendo con el pie el borde de piedras.



El regalo de los Reyes Magos

(1905)

O. HENRY



El regalo de los Reyes Magos

(1905)

O. HENRY

CUENTISTAS DEL SIGLO XIX

O. HENRY

Un dólar y ochenta y siete centavos. Nada más. Y setenta de esos centavos estaban en moneditas de cinco. Monedas ahorradas, de una en una, regateando fuerte con el tendero y el verdulero y el carnicero hasta que los cachetes te arden con la acusación tácita de tacañería que implican esos tira y afloja. Tres veces los contó Delia. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y el día siguiente era Navidad.

Claramente no quedaba más que hacer excepto echarse en el raído sofacito y lamentarse. Y eso hizo Delia. Lo que la llevó a la reflexión moral de que la vida está hecha de llantos, mocos y risas, con predominio de los mocos.

Mientras la dueña de la casa calma el ánimo del primer al segundo grado, démosle una mirada al apartamento. Un piso amoblado de ocho dólares a la semana. No se ajusta exactamente a la descripción de albergue, pero sin duda se podría ver esa palabra en la mirada de la policía antimendigos.

Abajo, en la entrada, había un buzón al que no llegaban cartas, y un botón de timbre del que ningún dedo humano sacaba nunca un sonido. Completaba el cuadro una tarjeta con el nombre «Sr. James Dillingham Young».

El «Dillingham» había llegado con los aires de un tiempo de prosperidad ya ido, cuando su propietario recibía un salario semanal de treinta dólares. Ahora que sus ingresos se habían reducido a veinte, las letras parecían pensar seriamente en encogerse a una modesta y menos pretenciosa «D». Pero en cuanto el señor James Dillingham Young llegaba a casa y subía a su apartamento, era llamado «Jim» y recibido con un abrazo por la señora Dillingham, que ya se les ha presentado como Delia. Y así todo está muy bien.

Delia terminó de llorar y se secó las mejillas con el trapo de limpieza. Se paró junto a la ventana y vio con desinterés afuera a un gato gris que caminaba sobre una reja gris de un patio gris.

Al día siguiente sería Navidad y ella solo tenía un dólar con ochenta y siete centavos para comprarle a Jim un regalo. Había guardado durante meses cada centavo que podía, solo para este resultado. Veinte dólares a la semana no dan para mucho. Los gastos habían sido mayores de lo que había calculado. Siempre lo eran. Nada más un dólar con ochenta y siete centavos para un regalo para Jim. Su Jim. Se había pasado muchas horas felices planeando algo lindo para él. Algo refinado, diferente, original, algo que mereciera un poco el honor de pertenecer a Jim.

Había un espejo de cuerpo entero entre las ventanas del cuarto. Tal vez han visto un espejo así en un apartamento de ocho dólares de arriendo. Una persona muy flaca y muy ágil puede, mirando su reflejo en una secuencia rápida de franjas longitudinales, lograr una percepción suficientemente acertada de su apariencia. Delia, al ser delgada, había dominado este arte.

De repente, se alejó de la ventana y se paró frente al espejo. Sus ojos resplandecieron, pero a los veinte segundos su rostro palideció. Rápidamente se soltó el pelo y lo dejó caer en toda su extensión.

Bueno, los Dillingham tenían dos posesiones de las que se sentían muy orgullosos. Una era el reloj de oro de Jim, que había sido de su padre, y antes de él, de su abuelo. La otra era el pelo de Delia. Si la reina de Saba viviera en el apartamento al otro lado de la calle, cualquier día Delia pondría a secar su cabello colgando de la ventana solo para desestimar las joyas y regalos de su majestad. Si el rey Salomón fuera el administrador del edificio y tuviera todos sus tesoros guardados en el sótano, Jim miraría la hora en su reloj cada vez que se lo cruzara, solo para verlo halarse las barbas de la envidia.

Entonces, el hermoso pelo de Delia caía sobre ella ondulado y brillante como una cascada de aguas color canela. Le llegaba

a las rodillas y casi podría vestirla. Luego se lo volvió a recoger, rápida y nerviosa. Por un momento dudó, y se quedó muy quieta mientras una o dos lágrimas caían sobre la desgastada alfombra roja.

Se puso su viejo abrigo marrón, se puso su viejo sombrero marrón. Con un giro a su falda y aún con el destello de brillo en sus ojos pasó pronto por la puerta y bajó las escaleras hacia la calle.

Donde paró de caminar, el letrero decía: «Dña. Sofronia. Cabellos de todo tipo». Delia subió un piso resoplando con prisa, luego hizo una pausa para recuperarse. La doña, alta, demasiado blanca, fría, poco parecía una «Sofronia».

—¿Compra mi cabello? —preguntó Delia.

—Compro cabello —dijo la doña—. Sáquese el sombrero y veamos cómo está el suyo.

Y cayó la cascada castaña.

—Veinte dólares —dijo la doña, levantándolo todo con mano experta.

—Démelos ya —dijo Delia.

Ah, y las siguientes dos horas pasaron volando en alas rosadas. Disculpen la metáfora gastada. Escudriñó en todas las tiendas un regalo para Jim.

Por fin lo encontró. Con seguridad, había sido hecho única y exclusivamente para Jim. No había uno igual en ninguna otra tienda, y ya las había recorrido todas de principio a fin. Era una cadena de platino para reloj, con un diseño sencillo y puro, que mostraba con certeza su valor solo en su material y no en una decoración innecesaria y excesiva —como debe ser todo lo que de verdad vale—. Incluso merecía estar con El Reloj. Tan pronto como la vio, supo que tenía que pertenecer a Jim. Era como él. Discreto y valioso —la descripción los definía a ambos—. Veintiún dólares entregó por el regalo, y regresó

pronto a casa con ochenta y siete centavos. Con esa cadena en su reloj, Jim podría estar atento a la hora delante de cualquier persona. Por imponente que fuera el reloj, a veces él lo miraba de reojo, consciente de la vieja correa de cuero que usaba en lugar de una cadena.

Cuando Delia llegó a casa, su entusiasmo cedió un poco para dar espacio a la prudencia y la razón. Sacó su rizador de pelo y encendió el gas, luego empezó a trabajar en reparar los desastres de la generosidad sumada al amor. Y esta siempre es una enorme tarea, queridos amigos; gigante tarea.

A los cuarenta minutos su cabeza estaba cubierta de diminutos y apretados rizos que la hacían ver con el encanto de un escolar desaplicado. Miró su reflejo en el espejo durante largo rato, cuidadosa y críticamente.

«Si Jim no me mata —se dijo a sí misma— antes de mirarme dos veces, dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero ¿qué iba a hacer? ¡Ay! ¿Qué podía comprar con un dólar y ochenta y siete centavos?».

A las siete en punto el café estaba hecho y la sartén esperaba en la estufa lista para asar la carne.

Jim nunca se retrasaba. Delia apretó la cadena en su mano y se sentó en la esquina de la mesa cercana a la puerta por donde él siempre llegaba. Luego oyó sus pasos subiendo la escalera del primer piso y se puso pálida un momento. Tenía la costumbre de rezar una pequeña oración por cosas simples cotidianas, entonces susurró: «Por favor, Dios, haz que crea que todavía soy linda».

La puerta se abrió y Jim entró y la cerró. Se veía delgado y muy serio. El pobre tipo solo tenía veintidós años, ¡y ya con la carga de una familia! Necesitaba un abrigo nuevo y no llevaba guantes.

Se detuvo junto a la puerta y se quedó tan quieto como un cazador que divisa su presa. Su mirada fija en Delia con una

expresión en sus ojos que ella no supo definir y la llenó de terror. No era enojo, ni sorpresa, ni rechazo, tampoco horror ni alguna de las reacciones para las que ella se había preparado. Él simplemente se quedó viéndola fijamente con esa expresión extraña en su cara.

Delia se levantó de la mesa y fue hacia él.

—¡Jim, cariño —gritó ella—, no me mires así! Me corté el pelo y lo vendí porque no podría pasar la Navidad sin darte un regalo. Volverá a crecer. No te importa, ¿no? Tenía que hacerlo. Mi pelo crece increíblemente rápido. Solo di «¡Feliz Navidad!», Jim, y seamos felices. No sabes qué bonito, qué precioso regalo te conseguí.

—¿Te cortaste el pelo? —preguntó Jim, con esfuerzo, como si no hubiera llegado ya a ese evidente hecho incluso después de un enorme esfuerzo mental.

—Me lo corté y lo vendí —dijo Delia—. De todas formas, te gusto igual, ¿no? Sigo siendo yo sin mi cabello largo, ¿no es cierto?

Jim miró alrededor del cuarto con curiosidad.

—¿Dices que ya no tienes tu pelo largo? —dijo él, casi con cara de idiota.

—No tienes que buscarlo —dijo Delia—. Te digo que lo vendí. Está vendido y entregado. Es Nochebuena, amor. Sé bueno conmigo, ya que lo hice por ti. Tal vez se podrían contar todos los pelos de mi cabeza —continuó ella con muchísima dulzura— pero nadie podría contar jamás cuánto amor siento por ti. ¿Quieres que ponga a asar la carne, Jim?

Parece que Jim salió de su ensueño y rápidamente despertó y envolvió con sus brazos a su Delia. Permitámonos mirar por diez segundos con atención discreta a otro asunto intrascendente. Ocho dólares a la semana o un millón al año, ¿cuál es la diferencia? Ni un matemático ni un sabio tienen la respuesta

correcta. Los Reyes Magos llevaron valiosos regalos, pero este no estaba entre ellos. Esta oscura adivinanza se esclarecerá un poco más tarde.

Jim sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo puso sobre la mesa.

—No pienses mal de mí, Deli —dijo—. No creo que exista un corte de pelo, o rasurada o tintura que haga que mi chica deje de gustarme. Pero cuando destapes ese paquete entenderás por qué estuve tan desconcertado cuando te vi.

Con dedos ágiles fueron desgarrados la cuerda y el papel. Luego vino un entusiasta grito de alegría; y luego, ¡ay!, un pronto giro femenino a lágrimas histéricas y lamentos, urgidas de la atención inmediata de todos los poderes tranquilizadores del señor de la casa. Adentro estaban las peinetas, el juego completo de peinetas, una tras otra, que Delia había idolatrado mucho tiempo en una vitrina de Broadway. Hermosas peinetas, de carey genuino, con joyas en los bordes, y con el tono perfecto para lucir en la hermosa cabellera ahora desaparecida. Eran peinetas costosas, lo sabía, y su corazón simplemente las había anhelado y mirado con ansia sin la menor esperanza de tenerlas. Y ahora, que eran suyas, las trenzas que debían lucir los deseados adornos ya no estaban.

Delia las acercó a su pecho, y después de un rato fue capaz de levantar la mirada y con una sonrisa y ojos llorosos, dijo:

—Jim, ¡mi pelo crece tan rápido!

Luego se levantó de un salto como un gatito chamuscado y gritó:

—¡Ay, ay!

Jim todavía no había visto su hermoso regalo. Ella se lo mostró entusiasmada sobre la palma de su mano. El metal precioso y opaco parecía brillar con el reflejo del espíritu radiante y ardiente de Delia.

—¿No es una belleza, Jim? Me recorrí todo el pueblo para encontrarla. Ahora tendrás que mirar la hora unas cien veces al día. Dame tu reloj, quiero ver cómo se ve con la cadena.

En lugar de hacerle caso, Jim se echó en el sofá, se puso las manos detrás de la cabeza y sonrió.

—Deli —dijo—, pongamos nuestros regalos de Navidad a un lado y olvidémoslos por un rato. Son demasiado preciosos para usarlos en este momento. Vendí el reloj para poder comprar tus peinetas. Mejor pon a asar la carne.

Los Reyes Magos, como se sabe, eran sabios —increíblemente sabios— que le llevaron regalos al Niño en el pesebre. Ellos inventaron el arte de dar regalos en Navidad. Por ser sabios, sus regalos sin duda también lo eran, posiblemente con el privilegio de ser intercambiados en caso de estar repetidos. Y aquí les he relatado a grandes rasgos la simple historia de dos tontos jóvenes en un apartamento que de forma imprudente sacrificaron por el otro los tesoros de su hogar. Pero como últimas palabras para los sabios de estos tiempos, digamos que de todos los que dan regalos, estos dos fueron los más sabios. De todos quienes dan y reciben regalos, estos son los más sabios. Siempre lo serán. Ellos son los magos.

Créditos

La prueba de amor

MARY SHELLEY

El traje nuevo del emperador

HANS C. ANDERSEN

El toque de oro

NATHANIEL HAWTHORNE

La tormenta / Relato de una hora / El ciego

KATE CHOPIN

La calumnia

ANTÓN CHÉJOV

El regalo de los Reyes Magos

O. HENRY

Autores

© De la adaptación:

Mónica Palacios

© De esta edición:

**Grupo de Inversiones
Suramericana S. A.
Grupo SURA**

Ricardo Jaramillo Mejía

Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid

Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas

**Presidente de SURA Asset
Management**

Coordinación editorial

Juan Fernando Rojas

Paula Cecilia Villegas

CRÉDITOS

SHELLEY / ANDERSEN / HAWTHORNE / CHOPIN / CHÉJOV / O. HENRY

Asesoría editorial, investigación, selección de textos e imágenes, edición y diseño gráfico

Mesa Estándar

Juan David Díez

Miguel Mesa

Verónica Montoya

Alexandra Ramírez

Corrección de estilo y cuidado de la edición

Catalina Trujillo-Urrego

Ilustraciones

Sara Quijano

Impresión

Artes y letras S. A. S.

ISBN

978-628-96556-3-6

Primera edición, marzo de 2025

Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

sura 



FUNAMBULISTA CAMINA SOBRE LA CUERDA FLOJA

(Símbolo de la incertidumbre)

La ilustración muestra a F. E. Jacobs, equilibrista profesional y aeronauta. El grabado se realizó a partir de una fotografía tomada al señor Jacobs mientras hacía una presentación. Aparece completamente en equilibrio: su pierna izquierda yace fuera de la cuerda y está en el acto de pasar hacia adelante para dar el siguiente paso.

«Dominio público, Creative Commons (CC) CC0 1.0 Universal. George Edwin Marks. *A Treatise on Artificial Limbs with Rubber Hands and Feet*. Ilustración 1207, página 405, 1899, New York, editado por A. A. Marks». Tomado de <https://archive.org/details/treatiseonartif00mark/page/404/mode/2up>.

Este libro se terminó de imprimir en el Taller Artes y letras S. A. S. de Medellín, en marzo de 2025. Para la formación de textos se utilizaron las fuentes Orca y Sura Sans, diseñadas por Bastarda Type y Typograma, respectivamente. El tiraje fue de 1.000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.

La prueba de amor

MARY SHELLEY

El traje nuevo del emperador

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

El toque de oro

NATHANIEL HAWTHORNE

La tormenta

Relato de una hora

El ciego

KATHERINE O'FLAHERTY FARIS – KATE CHOPIN –

La calumnia

ANTÓN CHÉJOV

El regalo de los Reyes Magos

WILLIAM SIDNEY PORTER – O. HENRY –

Grupo SURA publica esta selección adaptada de cuentos escritos entre 1834 y 1905, al considerar la vigencia y la pertinencia de estas obras para comprendernos mejor y aceptar que la incertidumbre acompaña los desafíos que compartimos como sociedad global.

